ESPECIAL BICENTENARIO

LA ANTORCHA DEL JAGUAR

VOLUMEN 1 · NÚMERO 1 · NOVIEMBRE DE 2025

- **Víctor Ustáriz**
- **Abelardo Ibáñez Benavente**
- **Yaguareté Sunqu**
- **Armas de papel**
- **La niñta paceña**
- Y muchos más

200 AÑOS DE INDEPENDENCIA

¿QUÉ ROSTRO LE DAMOS A NUESTRA HISTORIA?

COLECTIVO CULTURAL «JAGUAR AZUL»

LA ANTORCHA DEL JAGUAR

REVISTA DE HISTORIA Y CULTURA

COLECTIVO CULTURAL «JAGUAR AZUL»

EDITOR

Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero

IMAGEN DE PORTADA

García Meza, José. «Madre Patria» (1901), Academia Boliviana de Historia Militar, La Paz - Bolivia

DISEÑO DE TAPA

Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero
Aquím Edmundo Cruz Antelo

DISEÑO DE LOGOS

Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero
Raúl Marcelo Cordero Álvarez

COMITÉ EDITOR

Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero
Jhonny H. Gutiérrez Campos
Rafael La Torre Aguilar
Reynaldo Ramiro Ustáriz Toledo
Aquím Edmundo Cruz Antelo

DIAGRAMACIÓN

Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero
Jhonny H. Gutiérrez Campos

© Editorial «Camisas Blancas»
© Colectivo Cultural «Jaguar Azul»

La Antorcha del Jaguar N° 1
Edición especial
Diciembre de 2025
Depósito legal:

JUNTA DIRECTIVA

Jhonny H. Gutiérrez Campos
Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero
Rocío Belén Poma Uría
Rafael La Torre Aguilar

CONTACTOS

+591 69877932/+591 68107170/+591 70107598/+591 75868880
colectivoculturaljaguarazul@gmail.com

Nuestros autores

Egre. Jhonny H. Gutiérrez Campos

Egresado de la Carrera de Historia, Auxiliar de investigación del Instituto de Investigaciones Históricas-UMSA 2024/2025. Estudiante de la carrera de Arqueología-UMSA. Sus líneas de investigación se centran en la Historia de la medicina boliviana, la Historia Militar y la museología. Como investigador independiente, colaboró con instituciones como la Academia Boliviana de Historia Militar, Museo Nacional de Arte y otros. Miembro de la Asociación de Estudios Bolivianos desde 2023. Autor de diversos artículos sobre historia de la medicina en Bolivia y su relación con la guerra.

Univ. Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero

Estudiante de segundo año de la carrera de Historia de la UMSA, sus líneas de estudio son la Guerra del Chaco y la Falange Socialista Boliviana. Trabajó como guía en el museo de muñecas Elsa Paredes de Salazar, así como fue voluntario en la Academia Boliviana de Historia Militar.

Egre. Rafael La Torre Aguilar

Egresado de la carrera de Historia de la UMSA. Participó como guía voluntario durante la Larga Noche de Museos en la Academia Boliviana de Historia Militar.

Egre. Rocío Belén Poma Uría

Egresada de la Carrera de Historia de la UMSA. Fue auxiliar del Instituto de Investigaciones Históricas - UMSA 2024/2025. Actualmente funge como presidenta de la Sociedad Científica de la carrera de Historia, además de trabajar como auxiliar de Archivo Histórico La Paz.

ÍNDICE

Artículo de portada

200 años de independencia: ¿Qué rostro le damos a nuestra historia? (Jhonny H. Gutiérrez Campos) **5**

Historias y personajes

Armas de papel: la propaganda bélica durante la Guerra del Chaco (Rafael La Torre Aguilar) **7**

Víctor Ustáriz: la creación del imaginario del legendario «charata» Ustáriz (Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero) **12**

Abelardo Ibáñez Benavente: el legado invisible de un héroe de la medicina boliviana (Jhonny H. Gutiérrez Campos) **15**

La niña paceña: retratos de infancia en el centenario de Bolivia (Rocío Belén Poma Uría) **21**

Reseñas y críticas

Juan de la Rosa: una reflexión sobre la búsqueda de la identidad nacional (Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero) **32**

Crónicas y relatos

Tras los pasos del bicentenario: voces, memoria y futuro (Chaska Wayna) **34**

Yaguareté Sunqu (Teodorico) **37**

Último pulso, curar en medio de la guerra (Chaska Wayna) **40**

El sonido del silencio (Nubelinda) **44**

Santa Cruz: tierra de sol, tierra de amor (Guajojó) **45**

¿Quiénes somos?

Jaguar Azul, más que cuenta historias (Reynaldo Pablo Ustáriz Cordero) **46**

García Meza, José. «Madre Patria» (1901), Academia Boliviana de Historia Militar, La Paz - Bolivia

200 años de independencia

¿Qué rostro le damos a nuestra historia?

POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE «LA ANTORCHA DEL JAGUAR»

En el año del Bicentenario, cuando el país mira al espejo de su historia y se pregunta quién es, surge una inquietud inevitable: ¿qué rostro le damos a nuestra historia?, ¿qué mirada, qué palabra, qué gesto la representan? Hoy, los jóvenes que transitan los pasillos de nuestros colegios y universidades reciben una educación que, aunque pretende construir conocimiento, muchas veces termina reproduciendo moldes ajenos, esquemas cerrados, visiones incompletas del pasado y del presente. Se nos enseña a repetir, pero no siempre a pensar; a memorizar fechas, pero no a comprender los procesos; a venerar héroes, pero no a cuestionar los silencios que los rodean.

Vivimos tiempos en los que la juventud boliviana —esa que habita entre la hiperconectividad y la incertidumbre— necesita herramientas para pensarse a sí misma, para expresarse y cuestionar lo heredado. La escuela y la universidad, en su mayoría, no han sabido adaptarse al pulso de esta generación que busca sentido, que quiere crear sin pedir permiso. Se habla de educación crítica, pero raras veces se la practica; se habla de historia nacional, pero se la reduce a un calendario de efemérides; se habla de cultura, pero se la encierra en vitrinas o se la confunde con espectáculo.

Frente a ello, la revista «La Antorcha del Jaguar» nace como un espacio de encuentro, una grieta luminosa en el muro de la rutina educativa. Surge para encender la chispa del pensamiento libre, para que la historia, el arte y la cultura dejen de ser asignaturas meramente abstractas y se conviertan en experiencias vivas que sean útiles a nuestra formación. Porque, no basta con estudiar el pasado, sino que es necesario dialogar con él, reinterpretarlo, sentirlo como parte de nuestra identidad viva y en movimiento.

Por eso, esta revista no pretende ser un simple repositorio de textos. «La Antorcha del Jaguar» quiere ser una voz, una llama que invite a mirar con otros ojos la historia, el arte y la memoria colectiva. Quiere abrir un espacio donde los jóvenes inquietos —estudiantes, autodidactas, soñadores, inconformes— puedan publicar sus ideas, ensayos, relatos o reflexiones sin las ataduras del lenguaje académico, pero con la rigurosidad del pensamiento comprometido. Al mismo tiempo, busca ser un refugio para quienes, desde la investigación o el oficio profesional, deseen apartarse por un momento de los formatos institucionales y deseen dar rienda suelta a su imaginación. Esto se puede traducir fácilmente en que los diferentes autores que deseen plasmar su obra en esta revista pueden escribir desde la emoción, desde la intuición, desde esa pasión que da sentido al conocimiento.

Cada número de «La Antorcha del Jaguar» será una invitación a mirar más allá del aula, a romper la frontera entre el saber académico y el sentir popular. Porque la historia no solo se la encuentra en los archivos, sino que también late en las calles, en las danzas, en las canciones, en las voces que no suelen figurar en los manuales y menos en los libros de texto escolares. La cultura no es un adorno ni un recuerdo, es una forma de resistencia, una manera de afirmar quiénes somos y que seguiremos siendo, que seguiremos creando y que seguiremos soñando.

El Bicentenario de la independencia de la República nos ofrece la oportunidad de preguntarnos qué país estamos construyendo y qué país imaginamos ser, y es nuestro deber social, moral y patrio hacernos esa pregunta. Si repetimos los viejos discursos, solo heredaremos las mismas sombras. Pero si abrimos espacios de reflexión, de creación y de diálogo, podremos darle a nuestra historia un nuevo rostro: uno plural, diverso, rebelde y profundamente humano.

«La Antorcha del Jaguar» quiere acompañarte en ese proceso, no con la pretensión de tener las respuestas definitivas, sino con la voluntad de encender preguntas, de buscar la verdad sin las ataduras del chauvinismo ni la crítica mordaz y maliciosa. Está revista busca provocar, inspirar e invita a pensar y reflexionar al lector. Porque cada palabra escrita, cada texto compartido, cada idea lanzada al viento puede ser una chispa. Y de esas chispas —lo sabemos bien— nacen los fuegos que transforman el mundo.

García Meza, José. «Madre Patria» (1901), Academia Boliviana de Historia Militar, La Paz - Bolivia

Historias de la Guerra del Chaco Nº1, La Semana Gráfica 1933

ARMAS DE PAPEL

La propaganda bélica durante la Guerra del Chaco (1932 - 1935)

POR RAFAEL LA TORRE AGUILAR

Cuando se dió inicio a la Guerra del Chaco, en 1932, muchos se detienen a estudiar únicamente lo acontecido en la línea de fuego, en el uso material bélico, en las estrategias, etc. No obstante ¿Qué se puede decir de otras facetas de la guerra menos conocidas? ¿Acaso no fueron tan interesantes, e impresionantes, como el combate que se estaba librando? En esta investigación se hará un análisis de cómo se ha usado la propaganda bélica como elemento de patriotismo y su función moral durante esta etapa histórica en la prensa escrita.

La propaganda en tiempos de guerra ha servido como imagen de unidad para el país, así como también p ara brindar una imagen positiva del Estado, tanto en el interior como en el extranjero. Así pues, los medios de comunicación de aquella época, se dieron a la tarea de exaltar el ánimo de la población, con fines políticos obviamente, mediante muestras del valor de los combatientes en las distintas batallas, del trabajo de los hombres en campaña y la capacidad militar del ejército boliviano. El lenguaje visual fue muy importante para poder extender más el mensaje que querían dar. Una imágen podía decir muchísimo más, junto a un breve epígrafe, que un texto extenso. Para muestra de aquello, la consulta de fuentes de la época, disponibles en las hemerotecas, nos permite acercarnos a ese fantástico mundo de la propaganda bélica.

Mendoza J 1986 El macizo boliviano Editorial Juventud La Paz

Definición y uso anterior a la Guerra del Chaco

Se define como propaganda a la difusión sistemática de información con el objetivo de influir en la opinión y el comportamiento de una determinada audiencia en favor de una causa o postura particular. Durante los conflictos bélicos anteriores a la guerra del Chaco a nivel mundial, el uso de la propaganda bélica fue esencial para el éxito o la derrota de las potencias beligerantes. Un ejemplo de ello es cuando se utilizaron imágenes atrayentes para el público durante la Primera Guerra Mundial para atraer a las masas hacia el reclutamiento en E.E. U.U., o la compra de bonos en Alemania (Fig. 1), e inclusive la propaganda de Francia ante la invasión germana (Fig. 2).

Con este tipo de materiales, se consolidó a la propaganda como una herramienta fundamental para movilizar a la población y mantener el ánimo en tiempos de guerra. Los gobiernos de aquel entonces, tanto los de la Triple Entente como los de la Triple Alianza, y luego los Aliados y el Eje, utilizaron carteles, folletos y películas para transmitir mensajes que glorificaban a sus soldados mientras demonizaban o satirizaban al enemigo. Esta estrategia no solo buscaba reclutar a nuevos soldados, sino también asegurar el apoyo de la sociedad civil, apelando a los sentimientos patrióticos y al sentido del deber.

El uso de la propaganda bélica en Bolivia

Para dar una explicación al porqué de la guerra se tiene que ir al germen administrativo, político y regional relativo a temas limítrofes. En este caso, ese génesis se encuentra en el famoso *utti possidetis juris**. Al realizar un análisis al respecto, podemos concluir que no hubo una delimitación clara sobre el territorio del Chaco Boreal. En la obra de Querejazu encontramos que hubo debate sobre el tema de los derechos territoriales del Chaco[1]. Este debate fue acrecentándose, tanto de ida como de vuelta, durante el periodo anterior al ataque hacia el fortín Vanguardia. La imagen publicada por la revista Historias de la guerra del Chaco N°3, muestra un anuncio de reclutamiento, relatado por el excombatiente Manuel Chalhua.

En la imagen que la revista toma del periódico La Trinchera, de 1928, hecho que ya tomado como un preludio de lo que vendría años después. Dónde dice en su pie de página «El clangor del clarín vibra en estos momentos para que nos preparemos a desalojar al invasor del Chaco y castigar su osadía, y nosotros nos alistamos como el cóndor de los Andes que se presta a volar sobre la pampa majestuosa y triunfal» (últimas palabras poco legibles) (Fig. 3).

Fig. 1 Fritz Erler. *Helft uns siegen («Ayúdanos a ganar»)*1917

Fig. 2 Avel Faivre. *L'or combat pour la Victoire* *(*«El oro lucha por la victoria») 1915

[1]Querejazu,R. 2008. Masamaclay Historia Política diplomática y militar de la guerra del Chaco. Librería Editorial G U M La Paz Enciclopedia 1978 II World War N 26

(Fig. 3) La Trinchera, octubre de 1928

(Fig. 4) El Diario, julio de 1932

Durante los años previos de la guerra, el ex presidente Bautista Saavedra decía que la reconquista no se podía reducir únicamente a la fundación de fortines, sino a un conjunto de de fuerzas económicas y geográficas (1941:61) Cómo solía decir el autor Jaime Mendoza en 1927 «el Chaco en lugar de ser en el futuro el teatro de una guerra estúpida,debe ser el nexo áureo entre Bolivia y Paraguay. Y henos ahora ante la dura realidad.» (1986:148).

Primera linea (1932-1933)

Durante esta fase de la guerra, las ilustraciones gráficas son más patrióticas, como vemos en las publicaciones de los meses en que se dió inicio a la guerra, cuando se ocuparon los fortines Corrales y Toledo, en julio de 1932. Cómo muestra tenemos una imagen publicada en el periódico El diario del mes de julio (Fig. 4). En la parte inferior del dibujo dice: «Nuestra bandera flamea con nuevos destellos de gloria en las llanuras del Chaco, y el Paraguay sabe lo que pesa la mano de Bolivia cuando se resuelve a castigar una agresión. Las dos acciones de armas que han dado a nuestros soldados la posesión de los fortines “Corrales" y “Toledo”, son la notificación definitiva que no vamos a tolerar más atropellos a nuestra soberanía. Quisimos la paz la buscamos lealmente,con una abnegación que pudo parecer ausencia de confianza en el vigor nacional. Pero el Paraguay recurrió a la violencia sin justicia para conquistar una tierra que no es suya, y los soldados de Bolivia le han respondido con la violencia justiciera. Esos soldados que hace unos días, dos hechos heróicos, han puesto en fuga a las vanguardias de la depredación paraguaya,son el símbolo más completo de la Patria puesta en pie son la avanzada decidida del espíritu y del brazo de Bolivia,que tiene la bastante sí misma para clavar la bandera de su respetabilidad dónde quiera sea necesario.»

En el contexto de la Guerra del Chaco, durante su etapa inicial, se hizo evidente un fuerte sentido de llamado al frente de batalla. Este sentimiento se comparaba con el esfuerzo del obrero, quien, aunque no siempre estaba en la primera línea de combate, contribuía significativamente desde su labor. Como se observa en la imagen, la mano de obra desempeñaba un papel crucial en el servicio, apoyando el esfuerzo bélico de manera esencial.

Durante los acontecimientos de la Guerra del Chaco, incluidas las diversas batallas, se destacaron elementos como el llamado simbólico al deber, que se convirtió en una guía para la sociedad.

Saavedra B 1941 reed. 2001 El último jirón de la patria librería Editorial Juventud

Un ejemplo de esto es la alegoría creada por Max Portugal en agosto de 1932, publicada en el periódico El Diario y que se muestra en la imagen inferior.

El diario julio 1932

A pesar de la derrota en Nanawa y la resistencia en Boquerón durante la Guerra del Chaco, la prensa buscó destacar el poder de la aviación boliviana, resaltando la figura del capitán Rafael Pabón. Según el periódico La Razón de 1932, y como reportó La Mañana de Oruro en junio de 1934, Pabón realizó un vuelo de reconocimiento sobre la tercera división y logró derribar un avión paraguayo.

En la revista Historias de la Guerra del Chaco Nº 1, se presentan imágenes cargadas de simbolismo que destacan la figura del soldado boliviano, acompañado por el cóndor, el ave que vuela alto y forma parte del escudo nacional, representando su marcha hacia los campos de batalla.

Centro cultural de la feria del desempolvado (2020) Revista Historias de la guerra del Chaco N 1 Oruro

La razón 1932

La semana gráfica 1933

El periódico llamado El tábano también publicó algunos elementos pertenecientes al desarrollo de la guerra al poner en tela de juicio, el papel de Carlos Saavedra Lamas durante la mediación en tiempos de guerra.

El tábano 1933

La semana gráfica 1933

Segunda línea (1934-1935)

Durante esta etapa de la Guerra del Chaco, desde 1934 hasta el cese de hostilidades, la propaganda bélica tuvo un papel clave al difundir imágenes gráficas que exaltaban el esfuerzo militar. Entre ellas, destaca la figura del teniente coronel Rafael Pabón, cuya imagen aparece en la revista Historias de la Guerra del Chaco N° 3. En esta publicación se muestra una representación del piloto junto a su Vickers Vespa, un avión que simboliza su valentía frente al peligro constante de la muerte en el campo de batalla.

Conclusión

Las imágenes gráficas proyectadas durante los conflictos armados, como la Guerra del Chaco, revelan que la batalla no se libraba solo con armas y municiones, sino también a través del poderoso lenguaje visual. Estas representaciones buscaban avivar el patriotismo en tiempos de guerra, ofreciendo apoyo moral a las tropas bolivianas, al tiempo que, en ocasiones, adoptaban un tono crítico o satírico contra el enemigo. De esta manera, la propaganda visual se convirtió en una herramienta clave para movilizar emociones y reforzar la identidad nacional.

Cap. Ustáriz en el Chaco Boreal (foto de Dra. Aurea Irrazabal)

VÍCTOR USTÁRIZ

La creación del imaginario del legendario «charata» Ustáriz

POR REYNALDO PABLO
USTÁRIZ CORDERO

Entre el 9 y el 29 de septiembre de 1932 se libró en el Chaco Boreal una de las batallas más épicas de la historia americana. Cerca de quinientos cincuenta soldados del ejército boliviano habían resistido el asedio paraguayo, en el cual llegaron a intervenir alrededor de 14 000 efectivos. Entre los nombres de aquellos héroes que resistieron tan brutal acometida se destacan los del Ttecnl. Manuel Marzana Oroza, Cap. Tomás Manchego, Cbo. Juan Blanco Sejas y el del Cap. Víctor Ustáriz Arze (entre tantos otros). Si bien es cierto que podríamos extendernos por muchas páginas para hablar de cada uno de estos personajes, hoy nos hemos de concentrar en la figura del capitán Ustáriz. En él, la historia y la leyenda se entrelazan de manera fascinante, cosa que veremos a lo largo de este artículo.

De Tarata al Chaco, una vida de servicio

Víctor Ustáriz Arze nació el 6 de marzo de 1897 en la localidad de Tarata, Cochabamba. Desde muy pequeño, estuvo interesado en la vida militar. Prueba de ello es que, apenas culminados sus estudios escolares en Cochabamba, ingresó al Colegio Militar, en 1915, y se graduó, a la edad de 21 años, el 3 de enero de 1919. Ese mismo año, fue designado al Regimiento Cuarto de Infantería, Loa, que por aquellas épocas se encontraba acantonado en La Paz. Alrededor de 1920, fue enviado por primera vez al Chaco, donde sirvió por casi diez años en un destacamento montado. Es aquí donde comienza su leyenda, puesto que a lo largo de este

periodo se habrá de destacar como un hábil explorador, lo que le valió el título de primer satinador de Bolivia.

Según el testimonio, tanto de propios como de enemigos, Ustáriz se infiltraba de manera impune en fortines y puestos avanzados paraguayos, dejando notas desafiantes y volviendo al monte sin ser descubierto. Entre los múltiples relatos que se pueden encontrar sobre el capitán Ustáriz, uno que tuvo lugar a mediados de junio de 1932 (poco antes del incidente de la laguna Pitiantuta, que daría pie a la Guerra del Chaco), informa que Ustáriz se encontró con un puesto paraguayo custodiado por 100 hombres. El ingenioso capitán, que solo contaba con 24 efectivos, los distribuyó alrededor de aquella posición y se acercó con donaire al comandante paraguayo. Ante su negativa a rendirse, Ustáriz le contestó sin inmutarse siquiera un poco: «Le doy diez minutos [para rendirse]. Si abandonan el fortín, le garantizo que mis tropas no dispararán contra ustedes. Si no lo hacen, arrasaremos con todo». Ante esta advertencia, el comandante paraguayo decidió abandonar el puesto con sus hombres, seguro de que el oficial boliviano contaba con todo un ejército a su disposición. Ustáriz tomó el fortín («Fortín Sorpresa» se llamaba) muerto de la risa. A los pocos días, un regimiento paraguayo regresó para recuperar aquella posición, encontrándola vacía; tan solo había un papel que decía: «Invasores del Chaco boliviano: dejamos este fortín porque no tenemos orden superior para ocuparlo hasta cuando nos venga en gana»[1].

Otro relato, tomado de la misma fuente que el anterior, refiere que, cierto día, el capitán exploraba un sector, acompañado de 20 hombres. No habían comido por varios días cuando, tras localizar un campamento paraguayo, se apoderaron de él. Resulta que en ese preciso momento los paraguayos se aprestaban a recibir su ración del día y, dadas las circunstancias, Ustáriz y sus hombres compartieron con ellos el alimento que se les ofreció. Después de haber comido, el capitán Ustáriz agradeció al comandante por su hospitalidad y se aprestó a marcharse con su tropa, lo cual causó la extrañeza del militar; después de todo, dado que los bolivianos habían capturado el campamento, los del bando contrario se consideraban sus prisioneros. Cuenta el relato que, con el mayor aplomo, Ustáriz miró su reloj, bebió unos sorbos de mate y llamó a sus hombres a formación. «¡Con dirección al monte!», les ordenó, y emprendieron la retirada después que Ustáriz se cuadrará ente el comandante enemigo y le diera nuevamente las gracias por su hospitalidad, ante la mirada de asombro de los paraguayos.
En resumen, y haciéndonos eco de las palabras del historiador Roberto Querejazu Calvo, Víctor Ustáriz «debiera ser el símbolo de lo que debió ser el oficial, el modelo de oficial, en la Guerra de Chaco».

My. Víctor Ustáriz (autor desconocido)

Boquerón: la muerte del hombre , el nacimiento del mito

Como suele ocurrir con los grandes héroes, la muerte le llegaría al capitán Ustáriz de la misma forma en que vivió. Así sucedió, por ejemplo, con personajes tan notables como Ciro el Grande, quien, tras una vida llena de grandes gestas encontró la muerte en el fragor de la batalla. De la misma manera, Víctor Ustáriz habría de caer en combate, dejando tras de sí un legado imperecedero.

El 9 de septiembre de 1932, fuerzas paraguayas intentarían recuperar Boquerón de manos bolivianas. Al estrellarse infructuosamente contra las trincheras del fortín, el comando paraguayo decidió cercarlo de tal forma que se aislara completamente Boquerón. El comando boliviano decidió entonces enviar al capitán Ustáriz para contrarrestar la táctica del enemigo y brindar apoyo a los sitiados. Sin tardar un momento, Ustáriz partió desde Yujra hasta Boquerón. Llegó al teatro de operaciones el domingo 11 de

[1] La historia del siglo XX en Bolivia
[2] Video: Bolivia Siglo XX, Boquerón, Plano Medio.
[3] Roberto Querejazu Calvo, Masamaclay.
[4] Roberto Querejazu Calvo, La Guerra del Chaco, p. 23

de septiembre a las 21:00 horas con toda su compañía (consistente en cerca de 50 efectivos). El solo hecho de haber logrado ingresar al fortín, burlando a los sitiadores paraguayos, ya era una gran proeza. Como lo expresa el historiador Carlos D. Mesa Guisbert, «La presencia de Ustares [Ustáriz] resultó un estímulo para los defensores del reducto»2, puesto que los hombres sabían que su gran conocimiento de la región les sería de gran ayuda.

No obstante, no iba a ser algo que durase mucho. Al día siguiente, el comandante de la defensa, Ttecnl. Manuel Marzana, ordenó a Ustáriz que realizara una exploración por los alrededores del fortín con el objetivo de «constatar la cantidad de tropas enemigas que ocupa toda la orilla del monte [...] debiendo quedarse en la lengua de monte y traer al fortín suficiente cantidad de munición y armamento». Tras haber recibido la orden, Ustáriz partió sin dilación. Marzana, en su diario, relata que Ustáriz, con su habitual carácter, «lejos de concretarse a la misión concreta ya indicada, [...] se compromete en combates formales contra el enemigo superior y además emboscado». A horas 16:00 del mismo día llegó el soldado Feliciano Caencia, de la compañía Ustáriz, informando que el capitán había fallecido. Un diario paraguayo relata así el suceso: «Encontrando cerrados todos los caminos que le eran familiares, no trépido en atropellar [un puesto defendido por un oficial paraguayo]. Personalmente manejaba una ametralladora liviana y murió en su ley, combatiendo cara a cara. Herido de muerte en el pecho y el vientre, cayó sobre su arma besándola como se besa una cruz»[3]

La muerte de Ustáriz resultó ser un grave golpe al ejército boliviano. Tal llegó a ser el impacto de su fallecimiento en ambos bandos que José Félix Estigarribia (el comandante paraguayo de las operaciones en el Chaco) llegó a afirmar: «La muerte del capitán Ustárez [Ustáriz] fue la primera gran pérdida boliviana, porque conocía palmo a palmo el Chaco. Vivo, hubiera constituido para las fuerzas paraguayas un factor de permanente inquietud, pues había demostrado en el tiempo de paz gran audacia, voluntad acerada y la sutil astucia de su raza. Su muerte es una acabada prueba de su osadía y coraje»[4].

Su legado

A pesar de su muerte, el nombre del capitán Ustáriz es aun hoy un símbolo de coraje y de arrojo y objeto de profunda admiración. Tanto en instituciones militares como civiles, así como en la urbanística puede apreciarse su legado. Veremos una pequeña lista que nos deja ver esto a continuación:

Cap. Ustáriz muerto, picada Boquerón - Yujra
(Sof. Estanislao Sevillano del R.I.4 Curupaytí)

1. R.I. 19 de infantería «Cap. Víctor Ustáriz» (F.F. A.A.)
2. Unidad Educativa «My. Víctor Ustáriz» (Tarata)
3. Av. Víctor Ustáriz (entre Quillacollo y Cochabamba)
4. Calle Víctor Ustáriz (La Paz)
5. Parque Víctor Ustáriz (La Paz)

Conclusión

Una vez, un intelectual y político boliviano dijo: «Será tal vez que nosotros ascendemos al calvario altísimo de esta patria, la más alta de todo el mundo, que por ser la más alta es también la que está más cerca de Dios. No fue en vano que aquí, en nuestra Bolivia, fue el primer grito de la libertad americana, y aquí también fue la última batalla por esa libertad, como si Bolivia tuviese que tener un destino, el más dramático, frente a todas las demás naciones de América. Pero, por ese su dramatismo, también probablemente el más alto de los destinos; porque está visto que en la vida de los pueblos y de los hombres, cuanto más hondo se sufre, más alto se llega»[5]. Víctor Ustáriz llegó a encarnar ese «dramatismo» de la manera más extraordinaria posible.

Más allá del resultado total de la guerra, recordemos que, aun en las circunstancias más adversas, hubo hombres que estuvieron dispuestos a sacrificarlo todo para defender la heredad nacional. A pesar de su muerte, hoy en día el nombre del capitán Víctor Ustáriz resuena como lo hiciera en sus días. A diferencia de otras figuras heroicas, como Eduardo Avaroa, a quienes se las reconoció de manera póstuma, Víctor Ustáriz destaca por haber sido una leyenda viva. Él no necesitó de la creación de un relato cuasimitológico para que se le reconociera tras su muerte, puesto que bolivianos y paraguayos lo tenían como un héroe. Todavía hay muchos relatos acerca del capitán Ustáriz que se pueden contar, pero los abordaremos en el futuro.

[5] Discurso de Únzaga de la Vega, 19 de abril de 1959

Abelardo Ibáñez Benavente, entre el personal del Hospital General de La Paz

ABELARDO IBÁÑEZ BENAVENTE

El legado invisible de un héroe de la medicina boliviana

POR JHONNY HUGO GUTIÉRREZ CAMPOS

Eran las cinco de la tarde de un día cualquiera en 2022 cuando me senté en una de las bancas del Hospital de Clínicas de La Paz. El lugar olía a medicina y a historia, a historias que quedaron atrapadas entre paredes y pasillos. Mientras dejaba que la rutina del hospital se mezclara con mis pensamientos, un busto llamó mi atención: Enrique Saint Loup, uno de esos nombres que resuenan en la memoria de la medicina boliviana. Pero yo buscaba otro nombre. Uno que en mis recuerdos siempre había estado vivo: Abelardo Ibáñez Benavente. Y no había nada. Ni busto, ni placa, ni rastro de su memoria. Solo un silencio que parecía gritar su ausencia, un vacío que dolía y que me recordaba que la historia a veces olvida a quienes más merecen ser recordados.

Ese vacío no era solo de piedra o metal: era un reflejo de algo más profundo, de la memoria histórica de la medicina boliviana. Una memoria selectiva, que ensalza a unos pocos mientras deja en la sombra a quienes entregaron su vida y su talento para transformar la práctica médica del país.

Para entender ese olvido, hay que viajar atrás en el tiempo. Durante el siglo XIX, la medicina en Bolivia era casi un espejismo: aislada, limitada, atrapada entre tradiciones que en Europa ya parecían obsoletas. La mediterraneidad tras la pérdida del Litoral dificultaba la llegada de ideas y tecnologías; Bolivia precía

quedarse atrás mientras el mundo avanzaba a pasos agigantados. El ejercicio médico dependía de la improvisación, del ingenio y de la pasión de unos pocos, porque los recursos eran escasos y la formación todavía primaria.

Pero hacia finales del siglo XIX, empezaron a asomarse los primeros indicios de cambio. Cirujanos formados en Europa regresaban con conocimientos frescos y un compromiso con la modernización. Manuel Cuéllar, en Sucre, introdujo la antisepsia y revolucionó la cirugía local; Claudio Sanjinés Tellería, en La Paz, se consolidaba como pionero en gineco - obstetricia. La ciudad comenzaba a respirar otra medicina: se construían hospitales, se ampliaban las facultades, y algunos jóvenes comenzaban a soñar con convertirse en médicos modernos, capaces de llevar a Bolivia a la vanguardia del conocimiento médico.

Vista de la plaza de Ayata, pueblo natal de Abelardo Ibáñez Benavente. Tomado de https://share.google/images/LqkqgXpZqftiJ3j7M

En medio de este paisaje de transición nació Abelardo Ibáñez Benavente, en un país donde estudiar medicina significaba sacrificio, paciencia y pasión. Su historia es la historia de un joven que no se conformó con lo que había, que buscó más allá de las aulas locales. Porque aunque hoy su busto no exista, sigue vivo cada vez que alguien descubre su historia, cada vez que un joven médico se inspira en su ejemplo, cada vez que se recuerda que la historia está hecha de quienes se atrevieron a dejar una marca.

Nació en 1896, en la tranquila localidad de Ayata1, rodeado de montañas que imponían silencio y serenidad. La vida allí era simple, marcada por los ritmos de la hacienda familiar, el canto de los pájaros y el murmullo de los ríos. Su madre, doña Victoria Benavente, era la figura central de su infancia; su padre, Donaciano Ibáñez, minero de profesión, estaba la mayor parte del tiempo lejos, en las minas de Potosí. Esa ausencia paterna lo acostumbró desde temprano a la soledad, pero también a la observación, a la reflexión y a la determinación.

A los seis años, Abelardo se trasladó a La Paz para iniciar su educación formal. Del campo tranquilo pasó a un bullicioso centro urbano, donde las calles eran ríos de gente y las escuelas, pequeñas islas de conocimiento. Primero en el colegio San Vicente de Paul, luego en el prestigioso colegio Ayacucho, donde se formaban muchos de los futuros líderes e intelectuales paceños, Abelardo comenzó a forjar su espíritu curioso y disciplinado. Allí despertó su vocación por la medicina, influido por maestros que no solo enseñaban ciencia, sino que inspiraban pasión y respeto por el conocimiento.

En 1912 ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Mayor de San Andrés. Desde el primer día, destacó por su dedicación y disciplina, pero también sintió la frustración de encontrarse con recursos limitados y un enfoque demasiado teórico. La práctica era escasa, y el deseo de aprender más, de acercarse a la cirugía y a la medicina moderna, lo impulsaba a buscar alternativas. Así, se convirtió en practicante en el Hospital Landaeta2, donde bajo la guía de Desiderio Delgado y el legendario Dr. Claudio Sanjinés3 pudo adentrarse en la sala de operaciones, aprender técnicas quirúrgicas y conocer de cerca la realidad de los pacientes.

Pero el espíritu inquieto de Abelardo necesitaba más. La Bolivia de la época aún no ofrecía todas las herramientas que un joven médico ambicioso otros compatriotas que habían conseguido becas en Chile, decidió viajar a Santiago en 1914. Dejaba atrás Ayata, La Paz y la memoria de su madre, fallecida dos años antes, para sumergirse en un mundo nuevo, donde la medicina estaba en constante movimiento y los desafíos eran enormes.

1 Provincia Muñecas, departamento de La Paz.
2 El Hospital Landaeta era uno de los tres hospitales existentes en la ciudad de La Paz, antes de la construcción del Hospital General en Miraflores. El Landaeta, funcionaba como nosocomio para varones. 3
3 Claudio Sanjnés Tellería, médico cirujano que estudió en Europa, impulsor de las nuevas técnicas quirúrgicas en la ciudad de La Paz. Uno de los iniciadores de la época dorada de la cirugía boliviana, maestro de gran técnica y profesionalismo.

En Chile, su vida universitaria se volvió intensa y exigente. Desde el primer día se destacó en anatomía, llegando a ser ayudante y prosector. Junto a su amigo Guillermo Puelma4 compartió aulas, pasillos y noches de estudio. Los internados en la Asistencia Pública N°2 y el Hospital Clínico fueron su verdadero laboratorio: ahí perfeccionó técnicas quirúrgicas, enfrentó la realidad de los pacientes y aprendió la importancia de la precisión y la calma ante la emergencia. Cada sutura, cada operación, cada lección del maestro Francisco Nava, se convirtió en una pieza más de un rompecabezas que definiría su futuro.

Pero más allá de la medicina, la experiencia en Santiago también forjó su carácter. Aprendió a valerse por sí mismo, a navegar la distancia y la nostalgia, a forjar amistades profundas y duraderas, y a mantener vivo su vínculo con Bolivia, su tierra, su gente y su historia.

Los años de juventud de Abelardo Ibáñez en Santiago no fueron fáciles ni apacibles. Apenas había comenzado a abrirse camino en la anatomía y la cirugía, cuando la ciudad fue golpeada por una sombra oscura: la epidemia de tifus exantemático. Entre 1918 y 1920, Santiago vivió días que parecían sacados de una pesadilla, con miles de contagios diarios y hospitales desbordados.

Ibáñez, todavía estudiante, no se limitó a observar desde la seguridad de un aula: se lanzó de lleno a las salas abarrotadas y a las calles infectadas, colaborando en la atención y en la distribución de enfermos. La muerte rondaba con descaro, llevándose incluso a sus compañeros más cercanos. Él mismo lo recordó años después con crudeza: «Algunos días enterrábamos a compañeros que días antes alegraban nuestras reuniones estudiantiles: realmente estábamos atontados por la frecuencia de esos sacrificios en aras del bien común» (Ibáñez, 1967, p. 38).

Pese al horror cotidiano, no abandonó sus inquietudes científicas. En 1920 culminó su tesis de grado con un tema que lo proyectaría como pionero en su generación: Estado actual de la cirugía vascular, un nuevo método para las suturas vasculares. No se trataba de un simple trabajo teórico, sino de un esfuerzo colectivo junto a un grupo de estudiantes que se autodenominaban los de “injertos muertos”5.

El nombre puede sonar lúgubre, pero sus prácticas eran auténticos ensayos de futuro: trasplantaban aortas de vacas a perros, experimentando con técnicas de sutura que, para sorpresa de todos, funcionaban con éxito. Aquellas sesiones en laboratorios fríos,entre bisturís, órganos palpitantes

Facultad de Medicina de Santiago de Chile. Fuente: Archivo Enterreno https://www.enterreno.com/moments/escuela-de-medicina-universidad-de-chile1930

y el olor metálico de la sangre, fueron un anticipo del destino que le aguardaba: el quirófano como escenario de creación, riesgo y esperanza.

Así, entre entierros de amigos caídos por la peste y el descubrimiento de nuevas posibilidades para la cirugía, Abelardo Ibáñez fue forjándose como médico. Chile le dio no solo un título, sino también cicatrices invisibles y convicciones profundas: que la ciencia debía estar al servicio de la vida, aunque para alcanzarla hubiera que caminar de la mano con la muerte.

Salas de hospitalización en Santiago, durante la epidemia de 1918. Fuente: Diario Futrono, https://www.diariofutrono.cl/noticia/actualidad/2020/04/los-anosque-tambien-vivimos-en-peligro-las-peores-epidemias-de-la-region

El regreso del joven cirujano

Con apenas 24 años, Abelardo Ibáñez volvió a su patria en 1920, cargando en la maleta más que un título: traía consigo la experiencia, la disciplina del bisturí y una ambición inmensa por transformar la medicina boliviana.

4 Hijo del famoso cirujano militar chileno Dr. Guillermo Puelma, y parte de la familia de médicos que hicieron época en Chile.

5 Adquirieron ese nombre debido a las prácticas que realizaban con injertos de animales muertos, en otros aún con vida, con excelentes resultados.

Al llegar, solicitó cumplir con el servicio militar, pero su destino no fue el fusil ni la instrucción en los cuarteles: el ejército lo envió directamente al Hospital Militar como cirujano. Allí se encontró con una institución todavía precaria, dirigida por el coronel y médico Francisco Cernadas6. El propio Ibáñez recordaría que, en aquel entonces, el hospital contaba apenas con un cirujano, un oculista y un odontólogo que, además, debían repartir su tiempo entre la guarnición paceña y sus consultorios particulares.

El joven médico no tardó en hacerse notar. El inspector de hospitales, Pastor Vásquez, lo invitó a sumarse como interno en el Hospital de Clínicas, donde compartió formación y guardias con otros nombres que luego serían célebres: Valentín Gómez, Domingo Flores, Antonio Hartman, David Capriles. Entre la precariedad y la pasión, ese grupo de jóvenes se convirtió en semillero de la cirugía moderna en Bolivia.

Ibáñez gestionó la adquisición de equipos de rayos X de la marca Siemens para el Hospital Militar7 y el Hospital General, abriendo una ventana hacia la modernidad en 1925. Ese mismo año comenzó a publicar en la Revista Médica y Cirugía sus avances y logros quirúrgicos, con un listado que hoy parece extraordinario: la primera histerectomía total, la primera amigdalectomía total8 y las primeras cirugías biliares realizadas en el país.

Abelardo Ibáñez Benavente, entre el personal del Hospital General de La Paz, foto tomada aproximadamente en 1924. Fuente: Museo del Hospital de Clínicas de La Paz.

Pero no se detuvo allí. Fue pionero en trasplantes de hueso —logró devolver la esperanza a una niña en Sucre gracias a una intervención inédita— y en injertos pediculados, que abrían caminos para la reconstrucción de tejidos. Con estas prácticas no solo se adelantaba a su tiempo, sino que sentaba las bases de lo que sería la cirugía reconstructiva en Bolivia.

Su carrera militar acompañaba su ascenso médico. En 1925, con apenas 29 años, fue nombrado teniente coronel de Sanidad, director del Hospital Militar y catedrático de Clínica Quirúrgica en la UMSA. Cinco años después, en 1930, alcanzaba el grado de coronel y asumía la Dirección General de Sanidad Militar, consolidándose como una de las figuras centrales de la medicina boliviana en vísperas de la Guerra del Chaco.

El médico en tiempos de guerra

Cuando en 1931 viajó por primera vez al oriente, supo que la patria se preparaba para un futuro inevitable en las arenas del Chaco. Sus recorridos lo llevaron desde Santa Cruz hasta Puerto Suárez, Mutún y Vanguardia, constatando la precariedad de los fortines y la ausencia casi absoluta de hospitales. El panorama era desolador, con soldados que bebían y se bañaban en las mismas aguas estancadas de las cañadas, sin acceso a agua potable, sin camillas, sin medicinas, sin abrigo.

Ya en 1932, cuando la guerra se encendió tras el choque en Pitiantuta9, Ibáñez puso en marcha la primera brigada médica, con un reducido grupo de cirujanos jóvenes como Corsino Barrera y Sergio Cabrera. En Villamontes levantó un hospital con tres pabellones, gracias a una donación del empresario Carlos Víctor Aramayo. Allí, entre desbordes de heridos, se entrenó la sanidad militar boliviana casi desde cero.

No solo organizó hospitales, sino que reformó la compañía de camilleros, redactó reglamentos para cirujanos, enfermeros y camilleros, y estuvo en la primera línea en batallas decisivas como la de Boquerón, donde atendió al teniente coronel Luis Emilio Aguirre10 en sus últimos instantes.

6 Cnl. Dr. Francisco Cernadas, uno de los cirujanos con mayor prestigio dentro del servicio de Sanidad Militar, durante la Guerra del Chaco.
7 Actual hospital de la Mujer, zona de Miraflores-La Paz.
8 Extirpación de las glándulas amígdalas.

Abelardo Ibáñez Benavente, como Cnl. De Sanidad del ejército boliviano. Museo del Hospital de Clínicas de La Paz.

Tras la caída de Boquerón, concibió la posibilidad de recurrir a la guerra bacteriológica, intentando envenenar las aguas de Fortín Arce con cultivos de cólera11. Un plan que, aunque nunca se concretó, revela hasta dónde estaba dispuesto a llegar para frenar el avance paraguayo.

Sin embargo, la política se impuso. A fines de 1932, el presidente Salamanca lo relevó del cargo, cediendo la Dirección de Sanidad al coronel Aurelio Meleán. Ibáñez, dolido, pidió licencia indefinida del ejército.

De la pólvora a la cirugía reparadora

El retiro no significó silencio. En 1933, junto al expresidente Ismael Montes, fundó el Hospital de Reparación y Ortopedia del Banco Central12, institución destinada a recibir a miles de heridos de la guerra.

Bajo su dirección, con médicos como Adolfo Valle y jóvenes internos como Alfredo Calvo y Guillermo Jáuregui, se operó a diario, en jornadas dobles, alcanzando más de tres mil cirugías en apenas unos años.

De esa experiencia surgirían dos obras fundamentales: Cirugía reparadora de las lesiones de los nervios periféricos (1936), que le valió la medalla de oro de los Amigos de la Ciudad, y Cirugía reparadora de las lesiones de las articulaciones (1939). Ambos trabajos colocaron a Bolivia en el mapa de la cirugía reconstructiva latinoamericana.

El estadista de la salud

Concluida la guerra, Ibáñez volcó su energía a la salud pública. Impulsó la creación del Departamento Nacional de Lucha Antituberculosa y, durante el gobierno de David Toro, presidió el Departamento de Higiene y Salubridad, antecedente del Ministerio de Salud. Allí ideó las postas sanitarias móviles, con las que soñaba acercar atención médica a las comunidades más alejadas.

En 1939 fundó la Sociedad de Cirugía de La Paz, primera en su género en el país, que luego se transformaría en la Sociedad Boliviana de Cirugía. Ya en los años cuarenta, como ministro de Higiene y Salubridad del general Peñaranda, promovió la vacunación obligatoria contra la tuberculosis con la BCG fabricada en Sucre, inició la campaña contra el bocio mediante la sal yodada y defendió con fuerza la salud materno-infantil.

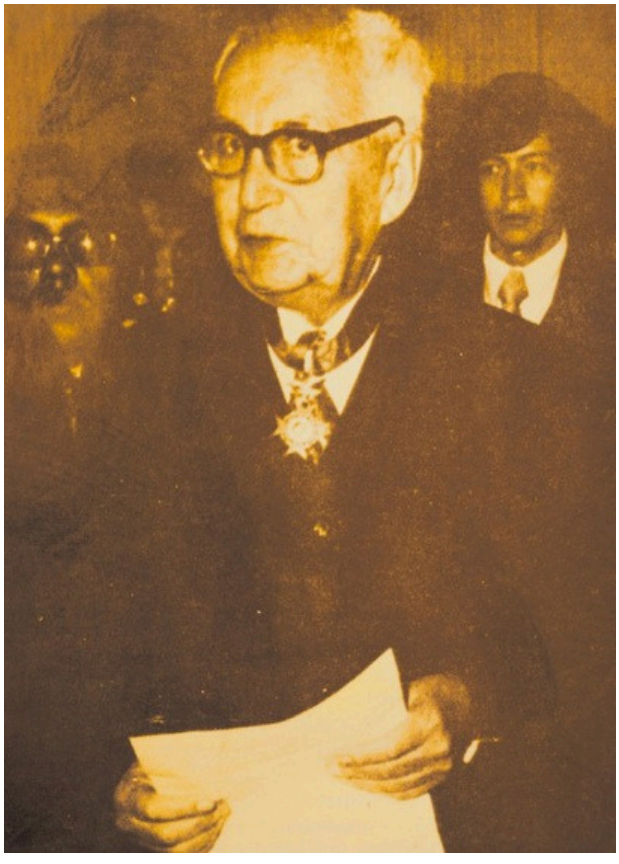
Su vocación, sin embargo, lo llevó a nuevos exilios y retornos. En 1942 renunció al gabinete y viajó a Buenos Aires para aprender sobre el tratamiento de la tuberculosis. Regresó en 1943, pero la revolución de Villarroel lo empujó nuevamente al destierro. No volvió sino hasta 1946, cuando la Plaza Murillo lo recibió con la macabra escena de dos cadáveres colgados de los faroles. Uno de ellos era el militar José Escobar, a quien él mismo había operado en el Hospital del Banco Central durante la guerra: la medicina y la política volvían a cruzarse, pero esta vez en clave trágica.

El ocaso de un pionero

Los años siguientes lo vieron ejercer como cirujano particular, hasta que en 1953 sufrió el despojo de sus tierras en Ayata por la Reforma Agraria. En 1956 se retiró definitivamente de la práctica médica. Ya había hecho demasiado: pionero en trasplantes, en cirugía reparadora, en organización sanitaria militar, en políticas de salud pública. Y, sin embargo, su nombre se fue desdibujando en la memoria oficial.

11 El intento de infectar las aguadas de Fortín Arce, tras la retirada masiva del ejército boliviano en octubre de 1932, fue ideada y planificada por Abelardo Ibáñez Benavente, en su calidad de Director general de Sanidad Militar. Para más detalles consultar a Gutiérrez Jhonny (2024) "Nubes Ocultas: la guerra bacteriológica en el Chaco" en Revista Historia 53.
12 Fue el hospital más moderno del país durante la Guerra del Chaco. Financiado por Banco Central de Bolivia y su director, el ex presidente Gral. Ismael Montes Gamboa.

Ni una calle, ni un busto, ni una placa recuerdan hoy a Abelardo Ibáñez Benavente, ese médico que supo estar entre las trincheras del Chaco y los quirófanos de La Paz, entre la guerra y la salud, entre la modernidad y el olvido.



Abelardo Ibáñez Benavente, recibiendo el Cóndor de Los Andes, la máxima distinción de la República de Bolivia, en 1974. Fuente: Tomado de Oporto Lenns (198 S/N).

El reconocimiento a una vida consagrada

La vida de Abelardo Ibáñez Benavente no quedó sin eco. Su labor, tejida entre la guerra, la docencia y la cirugía, fue reconocida dentro y fuera de las fronteras bolivianas. Los honores llegaron tarde, pero firmes, como si la historia quisiera saldar una deuda con quien había entregado tanto.

Recibió condecoraciones de naciones hermanas: Comendador de la Orden del Mérito Bernardo O'Higgins en Chile (1971), la Orden del Mérito Militar en grado de oficial por el Ejército de Bolivia (1972), así como la Gran Cruz de la Orden Cruzeiro do Sul y el título de Comendador de la Orden del Mérito en Brasil. Incluso el propio Salvador Allende lo nombró miembro emérito del Colegio Médico de Chile en 1972. Finalmente, su patria le otorgó el Cóndor de los Andes en grado de Comendador en 1974, coronando una vida de servicio.

Pero, más allá de las medallas, Ibáñez construyó instituciones. Fue presidente fundador de la Sociedad de Cirugía de La Paz, de la Sociedad de Traumatología y Ortopedia, y de la Sociedad Boliviana de Tisiología en 1937. Dirigió el Hospital Militar, la Sanidad Militar, y enseñó en las aulas de la Universidad Mayor de San Andrés, formando generaciones de médicos. Incluso en la vida social dejó huella, llegando a ser presidente del Club La Paz, institución que también lo reconoció con su Medalla de Honor.

Al final, Abelardo Ibáñez Benavente no fue un hombre cualquiera: fue un tejedor de cicatrices y esperanzas. En tiempos donde la pólvora dictaba el destino, él apostó por el bisturí y la cura. No buscó gloria, sino alivio; no buscó estatuas, sino hospitales; no buscó discursos, sino silencios donde los heridos pudieran volver a levantarse.

Hoy, su figura aparece como un fantasma noble en el pasillo de la historia boliviana: sin calle que lo nombre, sin busto que lo sostenga, pero con la herencia de haber abierto cuerpos y caminos para que la vida persistiera. Y quizá esa sea su mayor victoria: haber demostrado que también en la guerra —y después de ella— había espacio para la ternura de la ciencia, para la obstinación de sanar lo que otros daban por perdido...

Arturo Borda: El yatiri (1918). Pintura y fotografía, pintores y fotógrafos en la época de Juan Rimša en Bolivia. Ciencia y Cultura,

LA NIÑA PACEÑA

Representación de la niñez femenina y su valor para el primer centenario de Bolivia

POR ROCÍO BELÉN POMA URÍA

En los años 60, Philippe Ariès soltó una idea que dio de qué hablar: la infancia, tal como la entendemos, no siempre existió, sino que es algo que se fue armando con el tiempo. Según él, allá por el siglo XV en Europa, con el comercio y la producción mercantil ganando terreno al final de la Edad Media, la gente empezó a mirar a los niños de otra forma. De repente, surgieron emociones nuevas: amor, ternura, preocupación por darles cuidado y educación. Los niños dejaron de ser miniadultos para convertirse en seres vulnerables que necesitaban protección, sobre todo de la familia. Para cuando llegamos al siglo XX, en los países occidentales ya estaba claro que los pequeños debían desarrollarse con una educación formal, y así las escuelas se volvieron clave en esta nueva forma de ver la infancia.

Hablar de la historia de la niñez en Bolivia no es tarea fácil, porque los niños y niñas suelen quedar en las sombras de la vida cotidiana, un espacio más privado que deja pocas huellas en los registros históricos. Según Soux, Lema y Barragán, cuando las niñas o adolescentes aparecen en la historiografía, normalmente es como un pie de página en su camino hacia la adultez, como si su infancia fuera solo un escalón para convertirse en “mujeres importantes”. Este enfoque, sin embargo, abre una puerta para explorar una historia poco contada: la de las niñas bolivianas, que han sido vistas más como adultas en potencia que como protagonistas de su propia infancia.

Ariès, P. (1960). El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Taurus. Ariès, P. (1995). Ensayos de la memoria. Bogotá / Barcelona: Editorial Norma.
Ariès, P. (1995). Ensayos de la memoria. Bogotá / Barcelona: Editorial Norma.

Para entender cómo vivían las niñas en el pasado en Bolivia, meterse de lleno en las fuentes primarias es clave, porque nos ayudan a captar los imaginarios de esa época y cómo la sociedad veía su paso de la infancia a la adultez. Pero, claro, hay un problema: no hay muchas fuentes documentales que hablen de ellas, lo que complica armar esa historia de la niñez. Por suerte, las imágenes, como fotos o dibujos, se convierten en una ventana para acercarnos a lo que fue su realidad. Y no solo eso, también hay que echar mano de fuentes menos comunes, como la historia oral o los relatos de vida, que son un tesoro para reconstruir cómo se vivía y se sentía ser niña en esos tiempos.

Estudiar la niñez desde la historia no es solo mirar qué pensaban los adultos sobre los niños, sino meterse en cómo los propios pequeños veían y sentían el mundo a su alrededor. Jorge Rojas lo deja claro: los niños no eran ajenos a lo que pasaba, siempre percibían y procesaban los eventos de alguna forma, aunque no sea fácil reconstruir esa mirada infantil (Rojas, 2001). Cuando pensamos en las niñas bolivianas, esto cobra aún más peso. No basta con analizar cómo las veían los mayores, como si solo fueran adultas en camino, sino que hay que intentar captar cómo ellas mismas entendían su realidad. Esto les da vida como protagonistas de su tiempo, no solo como figuras pasivas moldeadas por su época.

Claro, cierto es que la falta de documentos complica las cosas, pero ahí es donde entra el ingenio. Explorar fuentes nuevas, como historias orales o representaciones visuales, ayuda a armar una historia más rica, que no solo hable de cómo las niñas eran vistas, sino que también refleje la diversidad de sus experiencias y roles en el contexto boliviano.

Visión de la niñez en la cultura boliviana a principios del siglo XX

A inicios del siglo XX, la infancia era un tema que apenas se tocaba en los estudios históricos, pero ya se empezaba a ver de forma distinta gracias a ideas como las de Philippe Ariès. Él decía que los niños eran vistos como seres dependientes, ligados sobre todo a la familia y la escuela, y poco a poco se les fue apartando de la vida pública para meterlos en un espacio más privado, casi como si su mundo se redujera al hogar (Ariès, 1995). En Bolivia, justo en el contexto del Primer Centenario, el país estaba en plena transformación: con José Manuel Pando como presidente, la sede de gobierno se mudó de Sucre a La Paz, surgió el movimiento cultural Gesta Bárbara, se hizo el censo de 1900 y las ciudades empezaron a modernizarse. En medio de estos cambios, entender cómo se veía a los niños en esa sociedad es clave.

Luis Adolfo Gismondi La Paz, Bolivia. 1914-1993[1]

Madre e hija de la sociedad (1907).

Fotografías extraídas del Catálogo de Estudio Gismondi (2007). Cien años, cuatro generaciones. Museo Nacional de Arte.

1 Luis Adolfo Gismondi desarrolló su actividad fotográfica en La Paz, Bolivia, durante las primeras décadas del siglo XX. Aunque no se tienen registros detallados de sus años específicos de trabajo, su obra está asociada al período de modernización y transformación cultural que vivió el país en ese tiempo.

En la Bolivia de inicios del siglo XX, las fotos no eran solo un recuerdo familiar, sino que también inspiraban otras formas de arte para retratar la infancia. Artistas como Arturo Borda, por ejemplo, usaban fotografías como base para sus pinturas, poniendo a los niños como protagonistas de sus obras. Según Querejazu, una de las piezas más potentes de Borda es El Yatiri (1918), que nació de una foto que él mismo tomó. En esa imagen, organizó cuidadosamente a su personal doméstico, a su sobrina (una niña) y a un yatiri en el patio de su casa en la calle Bolívar, en La Paz. Luego, Borda llevó esa escena al lienzo, pintando a los personajes con gran detalle, pero cambió el fondo del patio por un paisaje cerca del lago Titicaca, dándole un toque más evocador (Querejazu, 2019). Esto muestra cómo la fotografía no solo capturaba momentos, sino que también servía como puente para que artistas como Borda reimaginaran la niñez en sus creaciones.

En las fotos de la Bolivia de inicios del siglo XX, los niños se robaban el protagonismo, a menudo posando junto a un adulto, como si fueran el centro de una escena cuidadosamente montada. Estas imágenes no solo capturaban un momento, sino que reflejaban un imaginario poderoso sobre cómo se veía a los infantes paceños en esa época. La fotografía, aunque al principio era un lujo de las élites, trajo un cambio enorme al documentar tanto la vida como la muerte. Un ejemplo impactante es el de las fotos post mortem de niños fallecidos, una práctica que cruzó fronteras sociales y económicas. Estas imágenes, al fijar en placas fotográficas a los pequeños que ya no estaban, los convertían en símbolos de permanencia, asegurando que no se perdieran en el olvido histórico (Suarez, 2011). Así, la fotografía no solo retrataba a los niños vivos, sino que también dio voz visual a los que partieron, democratizando en cierta forma su memoria.

Arturo Borda y fotógrafo anónimo: El yatiri posando en el patio de la Casa Borda, 1916. Fotografías extraída del artículo de Querejazu, P. (2019). Pintura y fotografía, pintores y fotógrafos en la época de Juan Rimša en Bolivia. Ciencia y Cultura, 43.

Rossells, B. (2001). Las mujeres en la historia de Bolivia: Imágenes y realidades del siglo XIX (Antología). La Paz: Sol de Intercomunicación.
Rojas Flores, J. (2001). Los niños y su historia: Un acercamiento conceptual y teórico desde la historiografía. Pensamiento Crítico. Revista Electrónica de Historia, (1).
Querjazu, P. (2019). Pintura y fotografía, pintores y fotógrafos en la época de Juan Rimša en Bolivia. Ciencia y Cultura, (43), diciembre.
Escobari, L. (2020). Nacer sin cuna: Historia del Hogar Villegas, 1909–1996. La Paz: Instituto de Investigaciones Históricas/Carrera de Historia, Universidad Mayor de San Andrés.
Salazar, C., & Barragán, R. (2005). Acceso y permanencia de las niñas rurales en las escuelas. La Paz: Ministerio de Educación.
Lema, A. M., Soux, M. L., & Barragán, R. (2016). Niñas y adolescentes en la Bolivia republicana: Entre prejuicios, disciplinamientos y rebeldías. La Paz: UNFPA.

Arturo Borda: El yatiri (1918). Fotografías extraída del artículo de Querejazu, P. (2019). Pintura y fotografía, pintores y fotógrafos en la época de Juan Rimša en Bolivia. Ciencia y Cultura, 43.

En la Bolivia de inicios del siglo XX, las fotos en tarjeta, con sus delicadas capas de albúmina, hacían algo más que capturar rostros: convertían la pérdida en un acto casi mágico de memoria. Esos retratos de niños, incluso de los que ya no estaban, no solo guardaban su imagen, sino que transformaban la forma en que se entendía la niñez, dándole un lugar especial en la historia boliviana. La fotografía no era solo un registro; era una manera de resignificar lo que significaba ser niño en esos tiempos.

Pero no todo era tan poético. La realidad de la infancia en Bolivia, como en gran parte de América Latina, estaba marcada por la violencia y el abandono. La altísima mortalidad infantil era una prueba cruda de las duras condiciones de vida. Por eso, desde principios del siglo XX, varios países de la región, incluida Bolivia, empezaron a impulsar políticas y proyectos para enfrentar estos problemas, buscando darles a los niños un futuro con mejores oportunidades.

En los años 20, la situación de la infancia en Bolivia era preocupante. Como señala Escobari, las estadísticas de la época mostraban una morbo-mortalidad alarmante, algo que urgía enfrentar con ciencia y políticas sociales (Escobari, 2020). En 1925, La Paz fue el escenario del “Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia”, justo en el marco del Centenario. Este congreso puso sobre la mesa ideas clave para proteger a los niños, como la necesidad urgente de reconocer legalmente a los hijos naturales. Propusieron que se podía establecer la paternidad si el padre lo declaraba por escrito, si la familia y la sociedad trataban al niño como hijo, o en casos de violencia como estupro o rapto que coincidieran con el nacimiento. Un año después, en 1926, estas ideas fueron respaldadas por el Consejo Legislativo, sentando las bases para medidas más amplias contra el abandono y la mortalidad infantil. De ahí surgieron iniciativas importantes, como los futuros Códigos del Menor y la creación del Patronato Nacional del Menor (PNM), que se

Familiares velan el cadáver de un niño. Colección del Archivo Nacional y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

convirtieron en pilares para cuidar y proteger a la niñez boliviana.

Percepciones de género y rol de la infancia femenina en la familia y sociedad.

En los siglos XIX y XX, la vida de las niñas en Bolivia estaba marcada por un mundo patriarcal que las veía a través de un lente de desigualdad y sumisión, herencia de la época colonial. Como apunta Adriazola, el nacimiento de una niña era a menudo una decepción para las familias, especialmente para los hombres, que esperaban un varón para asegurar el apellido y el éxito económico. Las niñas enfrentaban una doble discriminación: ser mujer y ser tratadas como pequeñas adultas, pero sin los derechos ni el reconocimiento de una (Adriazola, 2012). Su condición de menores, sin ciudadanía y relegadas al ámbito privado, las hacía casi invisibles en la historia.

Gismondi, E. (2007). Cien años, cuatro generaciones. La Paz: Museo Nacional de Arte

Muchas niñas pasaban de la casa de sus padres a la de sus maridos en un abrir y cerrar de ojos, buscando reconocimiento social, estabilidad económica y un apellido que asegurara la herencia para sus futuros hijos. La educación que recibían, sobre todo en las élites, estaba pensada para moldearlas en esposas y madres ejemplares. Aprendían a manejar la casa, cocinar, coser y comportarse según las normas sociales, preparándolas para brillar en eventos como bautizos o bodas. Todo esto reflejaba una expectativa clara: su rol era mantener el hogar y criar a la próxima generación, siempre bajo la sombra de las reglas patriarcales.

las niñas de la clase alta en Bolivia eran retratadas en fotos con poses serias y formales, como si fueran pequeñas adultas, reflejando el estatus de sus familias. Estas imágenes no mostraban a las niñas como niñas, sino como extensiones de sus padres, imitando sus actitudes y

comportamientos. La idea moderna de la infancia, esa etapa de inocencia y pureza, no se afianzó hasta mucho después, casi a finales del siglo XX (Escobari, 2006). Para las niñas de clase media, la cosa no era tan distinta en casa, pero sus vidas tenían otro ritmo. Muchas ayudaban al sustento familiar, metiendo mano en actividades comerciales o artesanales. Por ejemplo, se destacaban tejiendo y bordando mantas o ropa tradicional chola —esas faldas amplias, blusas y mantas bordadas—, donde varias mostraban un talento impresionante (Escobari, 2006).

Niña de la élite paceña. Fotografía extraida del texto de Laura Escobari en Niños de la élite a principios del siglo XX Bolivia en blanco y negro, fotografías del Archivo de La Paz.

comportamientos. La idea moderna de la infancia, esa etapa de inocencia y pureza, no se afianzó hasta mucho después, casi a finales del siglo XX (Escobari, 2006). Para las niñas de clase media, la cosa no era tan distinta en casa, pero sus vidas tenían otro ritmo. Muchas ayudaban al sustento familiar, metiendo mano en actividades comerciales o artesanales. Por ejemplo, se destacaban tejiendo y bordando mantas o ropa tradicional chola —esas faldas amplias, blusas y mantas bordadas—, donde varias mostraban un talento impresionante (Escobari, 2006).

Niños de clase media. Fotografía extraída del texto Escobari, L. (2012). Mentalidad social y niñez abandonada. La Paz, 1900-1948.

Por otro lado, las niñas de los sectores populares tenían un rol súper importante, aunque muy diferente al de las clases altas. Además de ayudar en casa con tareas como cocinar, hilar o tejer, muchas participaban en el trabajo agrícola, echando una mano en la siembra o la cosecha si su familia tenía terreno. Desde los 14 años, era común que varias empezaran a trabajar como sirvientas en casas de familias ricas, aportando ingresos clave para sus hogares y metiéndose de lleno en la economía doméstica de la época (Escobari, 2006).

Estas niñas, que solían venir de familias mestizas dedicadas a oficios como la artesanía, el trabajo en fábricas o el comercio, también encontraban formas creativas de divertirse. Escobari cuenta que una de sus actividades favoritas era jugar a la tiendita: ponían mesitas contra la pared, las cubrían con un mantel que colgaba como mostrador y exhibían ropa de muñecas que ellas mismas cosían, usando alfileres para colgarlas. Este juego no solo era divertido, sino que mostraba su ingenio y las habilidades manuales que aprendían desde pequeñas, casi como un primer acercamiento al trabajo.

Asimismo, los niños y niñas abandonados, que quedaban en una situación súper vulnerable, a menudo terminaban

Martínez, F. (2010). "Régénérer la race": Politique éducative en Bolivie (1898–1920). París: IIHEAL.
Suárez, F. (2011). Historia de la fotografía en Bolivia. Tomo I: Desde sus orígenes hasta 1900. Sucre.
Adriazola Guillén, M. T. (2012). La niña del siglo XIX: El objeto cultural como documento de análisis y testimonio histórico. La Paz: Instituto de Investigaciones Históricas. Escobari, L. (2012). Mentalidad social y niñez abandonada. La Paz, 1900–1948.
Mamani, L. (2013). Maestra-madre: Educación de la mujer en el siglo XX. En Bolivia en blanco y negro: Fotografías del Archivo de La Paz. Plural.
Escobari, L. (2013). Niños de la élite a principios del siglo XX. En Bolivia en blanco y negro: Fotografías del Archivo de La Paz. Plural.

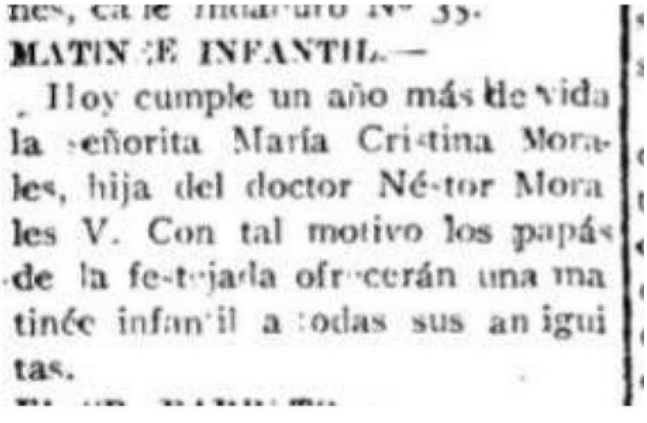
trabajando en casas de familias adineradas.

Curiosamente, muchas de estas familias estaban ligadas a mujeres que participaban en organizaciones de beneficencia, como la Sociedad Protectora de la Infancia. Estas instituciones no solo daban ayuda, sino que también enviaban a los menores a lugares como el Hospicio San José, que era una especie de refugio para niños abandonados. Para las familias pobres, que no podían mantener a todos sus hijos, este hospicio era una tabla de salvación. Las Hermanas de la Caridad, que lo gestionaban, jugaban un papel clave cuidando y atendiendo a estos pequeños (Escobari, 2006).

Valores y expectativas atribuidos a la niñez femenina.

El análisis de los valores y expectativas atribuidos a la niñez femenina permite comprender cómo las sociedades construyen roles y normas a partir del género desde edades tempranas. En este contexto, la infancia femenina no solo era un reflejo de las dinámicas familiares, sino también de las estructuras sociales, culturales y económicas que definían su entorno. Este apartado examina cómo se proyectaban ideales de comportamiento, moralidad y futuro sobre las niñas, muchas veces bajo la influencia de discursos religiosos, educativos y sociales que buscaban moldearlas según las necesidades y aspiraciones de la época. Al abordar estos aspectos, se busca desentrañar las formas en que se configuraron las identidades de las niñas y las expectativas que recayeron sobre ellas como parte fundamental del entramado social.

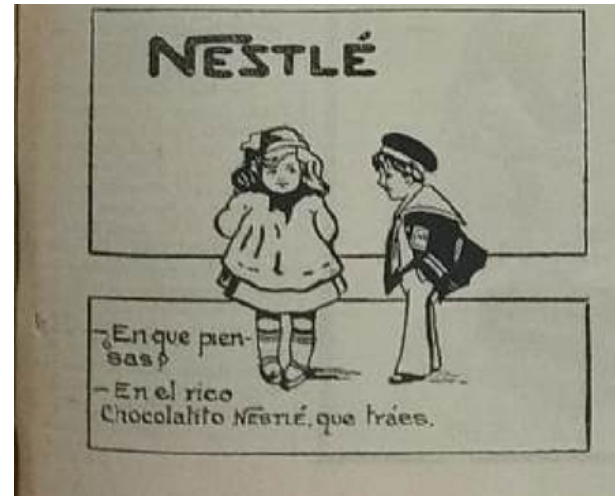
Entre las representaciones de las actividades realizadas por niñas de la época, especialmente aquellas pertenecientes a la clase alta, destacan los matinés organizadospara celebrar sus cumpleaños. Estos eventos, frecuentemente anunciados en los periódicos, reflejaban no solo un estilo de vida privilegiado, sino también los valores y tradiciones sociales asociadas a este grupo.



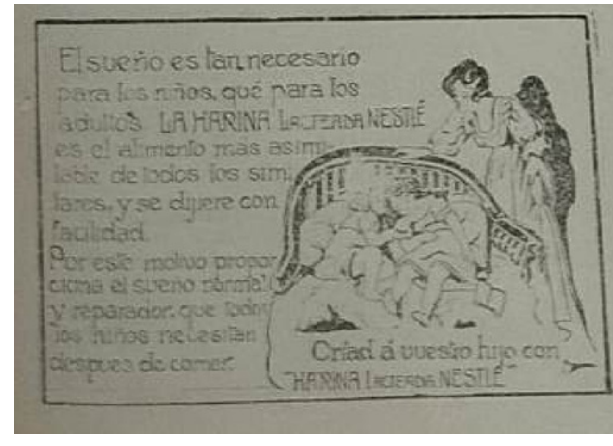
MATINÉE INFANTIL.—

Hoy cumple un año más de vida la señorita María Cristina Morales, hija del doctor Néstor Morales V. Con tal motivo los papás de la festejada ofrecerán una matinée infantil a todas sus amiguitas.

Aviso de Matinée Infantil de la hija del Dr. Morales El Diario 4 de enero de 1917



Publicidad de Nestlé con la imagen de dibujos de niños



Publicidad de Nestlé con la imagen de dibujos de niños

Publicidad de Nestlé con la imagen de dibujos de niños

El Diario. (enero de 1917)
La República. (febrero, marzo, abril y mayo de 1925)

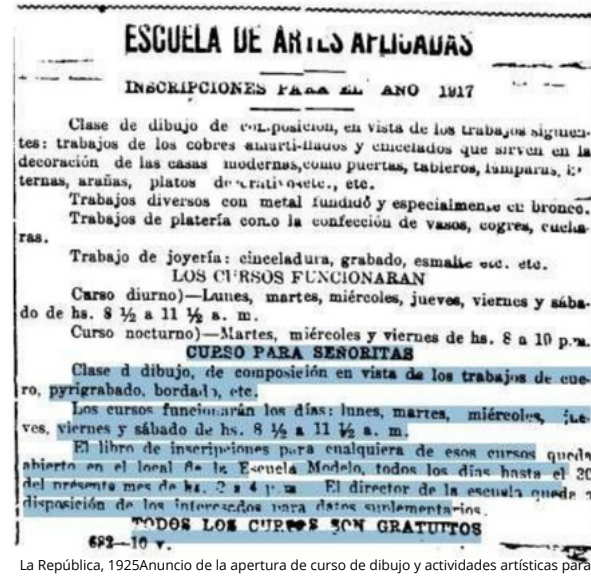
La imagen de las niñas dentro de la percepción de la sociedad se reflejaba en los estereotipos que muchas marcas publicitarias brindaban en los periódicos de la época. La empresa de chocolates “Nestlé” utiliza en sus avisos publicitarios ilustraciones que retratan a niñas junto a otros personajes, creando escenarios visuales diseñados para transmitir el mensaje asociado a sus productos. A través de estos recursos gráficos, se presenta una imagen idealizada de la niñez que evoca sentimientos de inocencia y ternura, apelando así a la emotividad del público y reforzando la conexión entre la marca y valores familiares positivos.

En los afiches publicitarios, los productos destinados a la alimentación familiar se presentan como un recurso visual que trasciende la simple promoción comercial. Más allá de destacar las características del producto, estas imágenes reflejan una idealización de la vida familiar, como es el caso de Quaker Oats. De manera similar, otras marcas adoptan esta estrategia visual, utilizando composiciones que retratan a todos los miembros de la familia, con un énfasis particular en la figura de la madre. Ella es representada como el eje central, destacando su papel de cuidadora y proveedora principal para sus hijos y su esposo, reforzando así los estereotipos de género predominantes.

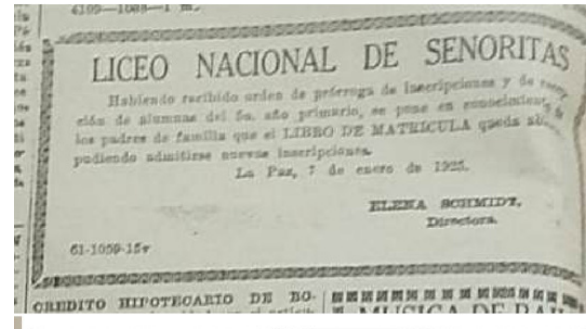
Publicidad de Quaker Oats La República,1925

La República, 1925

Referente a las fuentes hemerográficas también se pudo percibir sobre los avisos de colegios e instituciones que demostraban la actividad incluyendo a la niñez femenina.



La República, 1925Anuncio de la apertura de curso de dibujo y actividades artísticas para señoritas



La República, 1925; El diario, 1917

En ambos anuncios hacen comunicados para los padres de familia de las estudiantes señoritas del Liceo.

La percepción que tenía la sociedad paceña sobre las niñas estuvo profundamente condicionada por las normas de género y la educación que se consideraba esencial para moldearlas como futuras mujeres respetables dentro del tejido social. En La Paz, existieron diversas instituciones públicas y privadas orientadas a la formación de niñas, entre las que destacaron el Colegio de Educandas, la Escuela de Santa Ana —administrada por las Hermanas de la Caridad de la Orden Religiosa de Santa Ana y destinada a niñas de clase alta —, y el Colegio Sagrados Corazones de Jesús y María (Lema, Soux & Barragán, 2016, p. 41). Estas instituciones reflejaban las prioridades sociales de la época, centradas en la moral, la religión y la preparación para funciones tradicionales en la vida adulta.

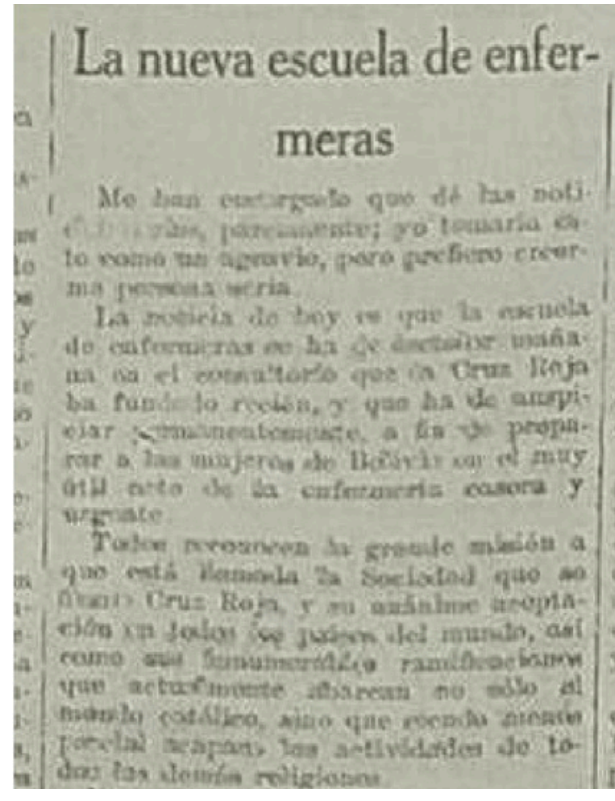
A comienzos del siglo XX, bajo el gobierno liberal, se impulsó una reforma educativa como parte de un ambicioso proyecto de modernización nacional. Esta iniciativa incluyó el envío de una comisión pedagógica a Europa y países vecinos con el objetivo de estudiar modelos educativos que pudieran ser replicados en Bolivia. Felipe Segundo Guzmán y Daniel Sánchez Bustamante lideraron esta misión, trayendo propuestas que contemplaban la contratación de educadores extranjeros —particularmente chilenos y belgas— quienes participaron activamente en la docencia, el asesoramiento y la formación de futuros maestros (Mamani, 2013, p. 157).

La educación femenina en la primera mitad del siglo XX priorizaba la formación en economía doméstica como eje central del aprendizaje. Las niñas eran instruidas principalmente en actividades como el lavado y planchado de ropa, el arreglo de vestidos, así como en la preparación de alimentos, especialmente pan y otros productos básicos. Además, se les enseñaba a desenvolverse dentro de los usos y costumbres sociales, familiarizándose con normas de comportamiento y protocolos propios de eventos relevantes de la vida cotidiana, como visitas sociales, bailes, comidas formales, bautizos, matrimonios y funerales (Mamani, 2013, p. 158).

Clase de puericultura. Fotografía extraida de Mamani, L. (2013). Maestra-madre: Educación de la mujer en el siglo XX. En Bolivia en blanco y negro: Fotografías del archivo de La Paz (p. 158). Plural.

Entre las asignaturas más relevantes impartidas a las niñas durante el periodo de modernización educativa en Bolivia, destacó la puericultura, disciplina en la cual se les instruía sobre los cuidados esenciales del recién nacido y la atención general de la infancia. Asimismo, la educación física adquirió gran importancia, no solo como una actividad formativa, sino como una herramienta ideológica orientada al desarrollo nacional y la regeneración racial. Esta concepción respondía a la influencia de modelos europeos que promovían la formación integral del cuerpo y el alma de la mujer boliviana, con la finalidad de que esta desempeñara un papel fundamental en el progreso de la nación (Martínez, 2010, p. 280).

La formación de las niñas se especializaba en la educación de la economía doméstica, también se impartía la educación científica, artística y de belleza y salud.



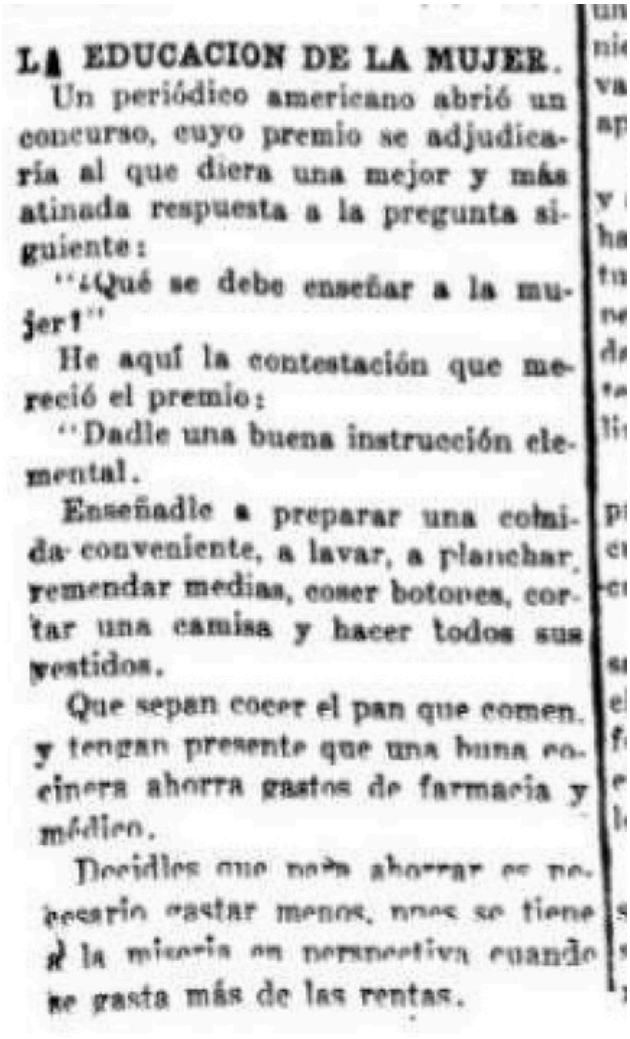
La nueva escuela de enfermeras

La República, 8 de febrero 1925 Anuncio de la apertura de la escuela de enfermeras de parte de la Cruz Roja.

Durante gran parte del siglo XX, la educación destinada a las niñas se enfocó principalmente en prepararlas para cumplir con el rol social de madres, reflejando las expectativas tradicionales de género. No obstante, aquellas jóvenes que aspiraban a una profesionalización enfrentaban oportunidades limitadas, accediendo únicamente a formaciones específicas en áreas como la docencia —para convertirse en maestras— o la salud —para ejercer como

enfermeras—. Estas opciones, sin embargo, eran poco comunes debido a la persistencia de una estructura social autoritaria y patriarcal que restringía la autonomía femenina.

En muchas familias, al momento de decidir quién continuaría con los estudios, se priorizaba la educación de los varones. Las hijas eran relegadas bajo el argumento de que, al casarse, dependerían económicamente de sus esposos. Esta lógica estaba vinculada a la práctica de la residencia virilocal, donde las mujeres pasaban a vivir en las propiedades de los padres del marido. Testimonios recogidos en la época expresan claramente esta mentalidad: "Es mujercita, no puede estudiar, se va a ir, se va a hacer de marido y la van a mantener" (Salazar & Barragán, 2005, pp. 105–107). Tales percepciones reflejan un sistema patriarcal que sostenía la desigualdad en el acceso a la educación y restringía las posibilidades de desarrollo académico y profesional de las niñas.



LA EDUCACION DE LA MUJER.

Un periódico americano abrió un concurso, cuyo premio se adjudicaría al que diera una mejor y más atinada respuesta a la pregunta siguiente:

"¿Qué se debe enseñar a la mujer?"

He aquí la contestación que mereció el premio:

"Dadle una buena instrucción elemental.

Enseñadle a preparar una comida conveniente, a lavar, a planchar, remendar medias, coser botones, cortar una camisa y hacer todos sus vestidos.

Que sepan cocer el pan que comen, y tengan presente que una buna cocinera ahorra gastos de farmacia y médico.

Decidles que para ahorrar es necesario gastar menos, pues se tiene a la miseria en perspectiva cuando se gasta más de las rentas.

El Diario, 5 de enero 1917 Artículo referente en que se debería enseñar a la mujer.

A inicios del siglo XX, en Bolivia comenzaron a consolidarse ideologías que definían el papel de la mujer en la sociedad, estrechamente vinculadas a su función dentro de la familia. Según Rossells, la mujer no solo era vista como reproductora en los ámbitos biológico y económico, sino también como una pieza clave en la reproducción de las formas de relación social, un aspecto crucial para sostener el funcionamiento de una clase dominante. En este contexto, el rol de madre adquiría una importancia central, ya que se le atribuía la responsabilidad de transmitir, tanto de manera consciente como inconsciente, los valores, creencias e imágenes que estructuran los estereotipos de género. Estos estereotipos, transmitidos desde los primeros años de vida dentro de la unidad familiar, reforzaban la definición de los roles femeninos y masculinos, asegurando así la perpetuación de las normas sociales y culturales de la época.

D.

Deben trabajar las mujeres?

Esta pregunta publicada por un diario de Londres ha sido tema de general curiosidad.

El mismo periódico en sección aparte publica las contestaciones que son muchísimas y de las cuales, se desprende como idea general, que las mujeres deben trabajar también.

Y conste que no son los hombres los que sostienen esta idea, sino las mujeres mismas.

El trabajo que ennoblece y dignifica aparta a la mujer de las escabrosidades de la vida.

Infeliz la mujer que no se ocupa en trabajos manuales y en las ocupaciones de su hacienda.

Un médico moderno asegura que la mayoría de las mujeres enfermas, deben sus males a su modo de vivir en la ociosidad.

En vez de ocuparse en las labores de su sexo—escribe—pasan soñando despiertas. Se apartan de la realidad en sus sueños fantásticos, y nada hay tan apropiado para llenarse de tristeza que esta existencia quimérica.

Y sin embargo hay mujeres que creen en la suprema aristocracia de no ha-

La República, 8 de febrero de 1925
Una opinión pública de parte de un médico cirujano sobre la pregunta si deberían trabajar las mujeres.

El análisis de Rossells revela que la construcción social del género en Bolivia durante el siglo XX estuvo profundamente anclada en el ámbito familiar, donde a las mujeres se les asignaba el rol de transmisoras de valores y normas sociales. Este enfoque operaba como una estrategia de reproducción ideológica que no solo afianzaba las jerarquías de género, sino también consolidaba las estructuras de poder de las élites. Al delegar a las madres la tarea de moldear las identidades desde la infancia, se naturalizaban estereotipos que perpetuaban la división de roles entre hombres y mujeres, restringiendo así las oportunidades sociales y educativas de las niñas. De esta manera, las dinámicas familiares y culturales funcionaban como instrumentos activos en la preservación del sistema patriarcal, impidiendo el acceso de las mujeres a espacios de autonomía y participación equitativa (Rossells, 2001, p. 262).

Conclusión

El análisis demuestra que la infancia femenina en la La Paz de inicios del siglo XX fue profundamente condicionada por una visión adultocéntrica y patriarcal que invisibilizó su autonomía, subordinándola a las expectativas de maternidad, obediencia y domesticidad. Las representaciones visuales, educativas y sociales de la época reforzaron estereotipos de género que limitaron el desarrollo individual de las niñas, según su clase y origen. No obstante, al recuperar y reinterpretar estas fuentes históricas, es posible construir una narrativa más compleja y matizada sobre la niñez, que reivindique a las niñas como sujetos históricos activos dentro del proceso de modernización y transformación social del país.

Portada de «Juan de la Rosa», Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

JUAN DE LA ROSA

Una reflexión sobre la búsqueda de la identidad nacional

POR REYNALDO PABLO USTÁRIZ CORDERO

A lo largo de nuestra historia el tema de la independencia de la República ha sido uno de los más populares, encendiendo la imaginación de escritores e historiadores. Desde obras históricas tan famosas como el «Diario de un soldado de la independencia», de José Santos Vargas, o «Ni con Lima ni con Buenos Aires: la formación de un estado nacional en Charcas», del historiador José Luis Roca, hasta obras de ficción como la tan reconocida «Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia» de Nataniel Aguirre, la independencia ha generado una fascinación especial, sobre todo al momento de crear un sentido de identidad nacional. Es justamente esta última, «Juan de la Rosa», la que nos llama en esta ocasión para traer a la memoria colectiva la lucha por la independencia, lucha que hoy conmemoramos con gran júbilo y expectación.

Entre oficinas y campos de batalla, el autor de una identidad patria

Nataniel Aguirre, nacido en la hacienda Huayllani, en Cochabamba, el 10 de octubre de 1843, fue un destacado escritor y político durante la segunda mitad del s. XIX, así como también un gran abogado y diplomático, cuya pluma definió la literatura boliviana. Hijo de Miguel María de Aguirre y María Manuela González de Prada, perdió a su madre a los tres años, lo cual le ocasionó un dolor que impregnó su sensibilidad literaria. Estudió Derecho en la Universidad Mayor de San Simón y se graduó en 1864. Posteriormente, en

1879, Aguirre se enlistó en el ejército boliviano para luchar en la guerra del Pacífico. La derrota infligida por parte del ejército chileno dejó una huella profunda en Aguirre, impulsándolo a escribir su novela magna, «Juan de la Rosa», como un acto de resistencia cultural para reavivar el orgullo patrio en un momento de crisis nacional.

Nataniel Aguirre vivió en una época de profunda división. Fue testigo de múltiples golpes de Estado y acciones militares que mermaron tanto la moral pública así como las propias arcas de la nación. Tan agudo llegó a ser este problema que, en plena Guerra del Pacífico, las intrigas políticas a la par de la baja moral entre las tropas, dieron pie al episodio conocido como la retirada de Camarones, la cual desencadenaría los sucesos que darían fin al gobierno de Hilarión Daza el 28 de diciembre de 1879. Por otro lado, los conflictos entre el Gobierno y las comunidades indígenas habían desarrollado un sentimiento de odio y resentimiento entre los indios en contra de la población criolla. Como ejemplo de ello se pueden mencionar las masacres de Ayo Ayo y de Mohoza, en el contexto de la Guerra Federal de 1899. Es por ello por lo que Juan de la Rosa no solo tuvo por objetivo narrar un relato sobre la independencia, sino también el de ofrecer una visión de unidad y esperanza, donde la condición de mestizaje de Juan, conjugado con la bravura de un colectivo como el de las heroínas de La Coronilla, desafían las fracturas sociales y el caos político de su tiempo, forjando una identidad patria que inspira a Bolivia a superar sus divisiones y renovar su orgullo en la lucha por la libertad.

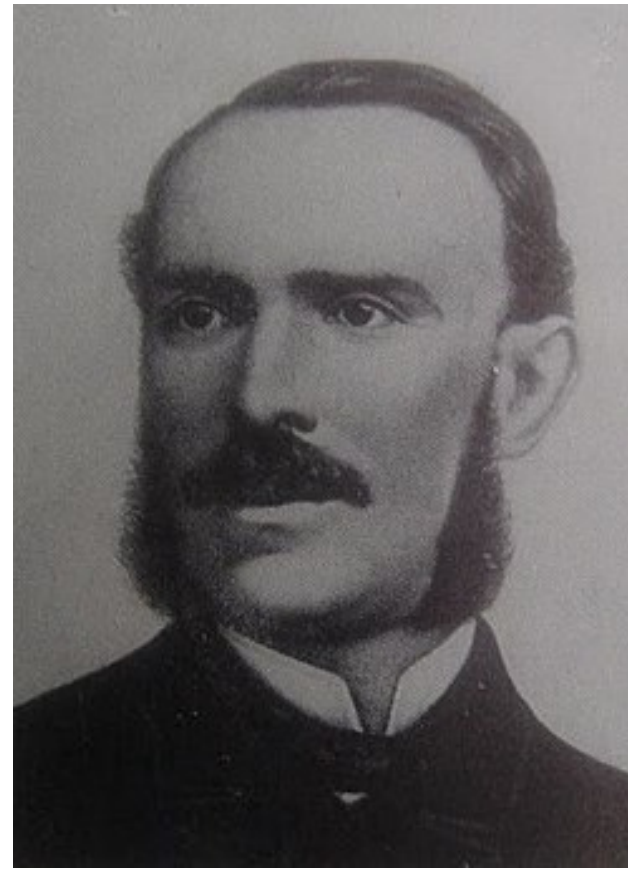


Fig. 1 Nataniel Aguirre (Autor desconocido)

«Memorias del último soldado de la independencia»

La novela comienza con Juan, un veterano de la Guerra de Independencia, narrando sus memorias de infancia durante los levantamientos en Cochabamba de 1810. Criado por su madre, Rosita, una mujer de origen humilde, Juan vive en un Alto Perú convulso, marcado por la opresión colonial y los primeros clamores de libertad.Su encuentro con Fray Justo, un sacerdote revolucionario, despierta en él un sentido de justicia y patriotismo. Los alzamientos en Cochabamba, liderados por figuras como Esteban Arze, sumergen a Juan en un mundo de resistencia contra las fuerzas realistas. El relato ofrece un retrato vívido de la lucha por la emancipación de Charcas. A medida que la lucha se intensifica, Juan presencia la valentía de los patriotas y la brutalidad de los realistas, liderados por figuras como el general Goyeneche. Su relación con Rosita y Fray Justo lo lleva a comprender el valor de la unidad frente a las fracturas sociales. Episodios como los levantamientos populares y la preparación para la batalla de La Coronilla (1810) destacan el sacrificio colectivo, donde hombres y mujeres, sin distinción de origen, se unen por la libertad, forjando en Juan una identidad mestiza que refleja la diversidad boliviana.

Al cierre de la obra, Juan, ya envejecido, reflexiona sobre su papel como testigo de la gesta libertaria. Recuerda la batalla de La Coronilla, donde las mujeres cochabambinas enfrentan con heroísmo a los realistas, como símbolo del sacrificio por la libertad. Juan abraza su mestizaje como un puente hacia la unidad, concluyendo con esperanza para una Bolivia más consciente de su realidad diversa.

Conclusión

En un mundo que aún enfrenta divisiones y desafíos, la historia de Juan, quien unió en su sangre el dolor y la esperanza de un pueblo, nos enseña que la libertad se forja en la unidad. Las mujeres de La Coronilla, con su coraje indomable, nos recuerdan que el sacrificio trasciende castas y colores. Ante un panorama no muy diferente al de aquella época marcada por la profunda división entre blancos e indios, «Juan de la Rosa» señala el rumbo que debería seguir la sociedad boliviana actual. Que el legado de nuestra historia nos impulse a construir un lugar mejor, uno en el que todas las regiones del país puedan unirse con gran orgullo y sin recelos.

Casa de la Libertad, Sucre

TRAS LOS PASOS DEL BICENTENARIO

Voces, memoria y futuro

POR CHASKA WAYNA

¿Alguna vez sentiste que una ciudad te abrazaba sin conocerte? Sucre lo hizo conmigo. No solo con sus calles empedradas y su cielo claro, sino con la promesa de un encuentro profundo: no solo conmigo mismo, sino con la historia. Llegué por el Congreso de la Asociación de estudios bolivianos, pero pronto entendí que no se trataba solo de un evento académico, sino de un llamado a mirar atrás con gratitud y hacia adelante el Bicentenario no era solo un número: era una pregunta viva sobre quiénes fuimos, quiénes somos y quiénes queremos ser.

Esta es la crónica de un viaje al pasado contado desde el presente. Un viaje que comienza en soledad, pero que pronto se convierte en un reencuentro con la memoria, con esos espacios que uno siente eternamente suyos. Era sábado por la noche cuando partimos rumbo a Oruro. La crisis de carburantes nos cerró el camino directo, obligándonos a improvisar un triple transbordo: La Paz → Oruro → Potosí → Sucre. Viajar también es eso: aprender a torcer la ruta y dejarse llevar.

A medianoche, Oruro nos recibió con su aire frío y un plato de comida improvisado en la terminal para calmar el hambre. Minutos después subimos al último bus con destino a Potosí, un trayecto arduo, casi interminable. Y sin embargo, al amanecer, todo cobró sentido: el cañadón se abrió ante nuestros ojos, las casas comenzaron a aparecer y, en medio de ellas, emergió el gigante de plata.

El Sumaj Orko. Ese cerro de cuerpo de tierra y alma de plata que, desde tiempos remotos, vigila con sus tonos rojizos a la Villa Imperial. Allí estaba, dándonos la bienvenida con su majestuosidad. Me hospedé cerca de la plaza principal, justo frente al bastión español más imponente en este lado de América: la Casa de la Moneda. Desde ese punto, el corazón potosino late fuerte, rodeado de calles angostas que guardan siglos de historia y memorias personales. Decidí caminar.

Volví a recorrer el bule, San Francisco, la Tarija, la Chuquisaca… Bajé rumbo al Arco de Cobija para quedarme contemplando al Cerro Rico. Y entre paso y paso, como si el tiempo se doblara, reapareció ese niño curioso que fui: el que paseaba con un helado de canela en mano, perdiéndose en San Benito, feliz, entre la historia y la vida cotidiana de Potosí. Un viaje al pasado, sí… pero uno que aún respira en el presente

Por la noche, el frío en Potosí suele calarse hasta el alma. Con mi amigo salimos en busca de algo que nos devolviera el calor y, casi por instinto, tomamos un micro hasta el final de la ruta. Terminamos en la punta de una montaña, en los confines de la ciudad. ¿Valió la pena? Cada minuto perdido. Allí, en medio del clima adverso, nos esperaba un plato inesperado pero reconfortante: unas milanesas que devolvieron vida a nuestros cuerpos cansados. Regresamos agotados al hospedaje, satisfechos y con el presentimiento de que la verdadera aventura recién empezaba.

Y así fue. Al día siguiente, rumbo a Sucre, la carretera se hizo tranquila hasta que un pajpaku subió al bus ofreciendo un brebaje milagroso de esos que, según él, curaban todos los males. Entre risas y escepticismo, seguimos viaje.

Llegamos a las tres de la tarde. Volver a Sucre después de dos años removió en mí una mezcla de emociones. Mientras el bus descendía hacia el centro, mi memoria viajaba aún más atrás, nueve años atrás, cuando llegué por primera vez. Acababa de salir bachiller, y como regalo de graduación conocí esta ciudad. Nada me había impactado tanto: sus calles llenas de historia, sus sabores únicos, esa mezcla de calma y efervescencia que me hizo tomar la decisión más grande de mi vida: estudiar Historia.

Esta vez nos hospedamos a pocos pasos de la plaza 25 de Mayo y a una cuadra del Mercado Central. Esa noche, el destino nos esperaba en grande: asistí a la inauguración del XII Congreso de la AEB, el encuentro más importante de historiadores y bolivianistas, donde el pensamiento y el debate hacen vibrar la capital cada dos años. Ese congreso era la razón de nuestro viaje, el motor que nos impulsó a recorrer más de 500 kilómetros desde La Paz.

Un reencuentro con la ciudad que me marcó… y con la pasión que me guía hasta hoy.

Durante la velada me crucé con rostros conocidos: amigos de camino, colegas de debate, compañeros de estudio… y también con esos amores del pasado que el tiempo nunca borra del todo. El patio histórico de la Casa de la Libertad se llenó de música ancestral con los kantus, y entre las notas de los pututus y las voces que se alzaban, levantamos una copa de vino. Era un brindis por todo: por los que vinieron antes, por el presente que se construía en ese instante y por los caminos que aún nos esperan. En ese momento entendí que Sucre no solo nos recibía, sino que nos ofrecía sus joyas más íntimas: su memoria, su hospitalidad, su sabor. Y yo, entre tanta abundancia, me sentía parte de ella, como si la ciudad misma me adoptara.

Los días en la capital transcurrían con una rutina tan sencilla como maravillosa. Por las mañanas, los museos me abrían sus puertas con sorpresas que parecían esperarme desde hacía años: documentos, pinturas, piezas que guardan en silencio los susurros de otras épocas. Al mediodía, la mesa se llenaba de sabores que reconfortaban el cuerpo y avivaban el espíritu. Por las tardes, me entregaba al andar por esas calles de casas blancas que parecen iguales, pero que esconden en cada muro una historia diferente, un secreto que pide ser contado. Y cuando caía la noche, la ciudad me llamaba a su balcón más antiguo: La Recoleta. Desde allí, contemplaba el resplandor de Sucre, extendida como un río de luces bajo las estrellas. Volver a ese lugar era cumplir una promesa hecha hace años, una promesa que alguna vez compartí con un fantasma que ahora solo existe en mi memoria.

En esa secuencia repetida —museos, calles, La Recoleta— iba tejiendo mi propio diario vivir. Recuerdo que una de esas noches, cuando el viento corría fuerte entre las calles empedradas, me asaltó una pregunta inquietante: ¿qué habría sido de mi vida si nunca hubiera llegado aquí? ¿Si nunca hubiera elegido estudiar Historia? La respuesta fue un silencio cargado, casi doloroso: nada de lo que soy hoy tendría sentido. Mi existencia, quizás, habría pasado desapercibida. Sucre, de alguna forma, no solo me recibió; me dio un destino, me dio identidad.

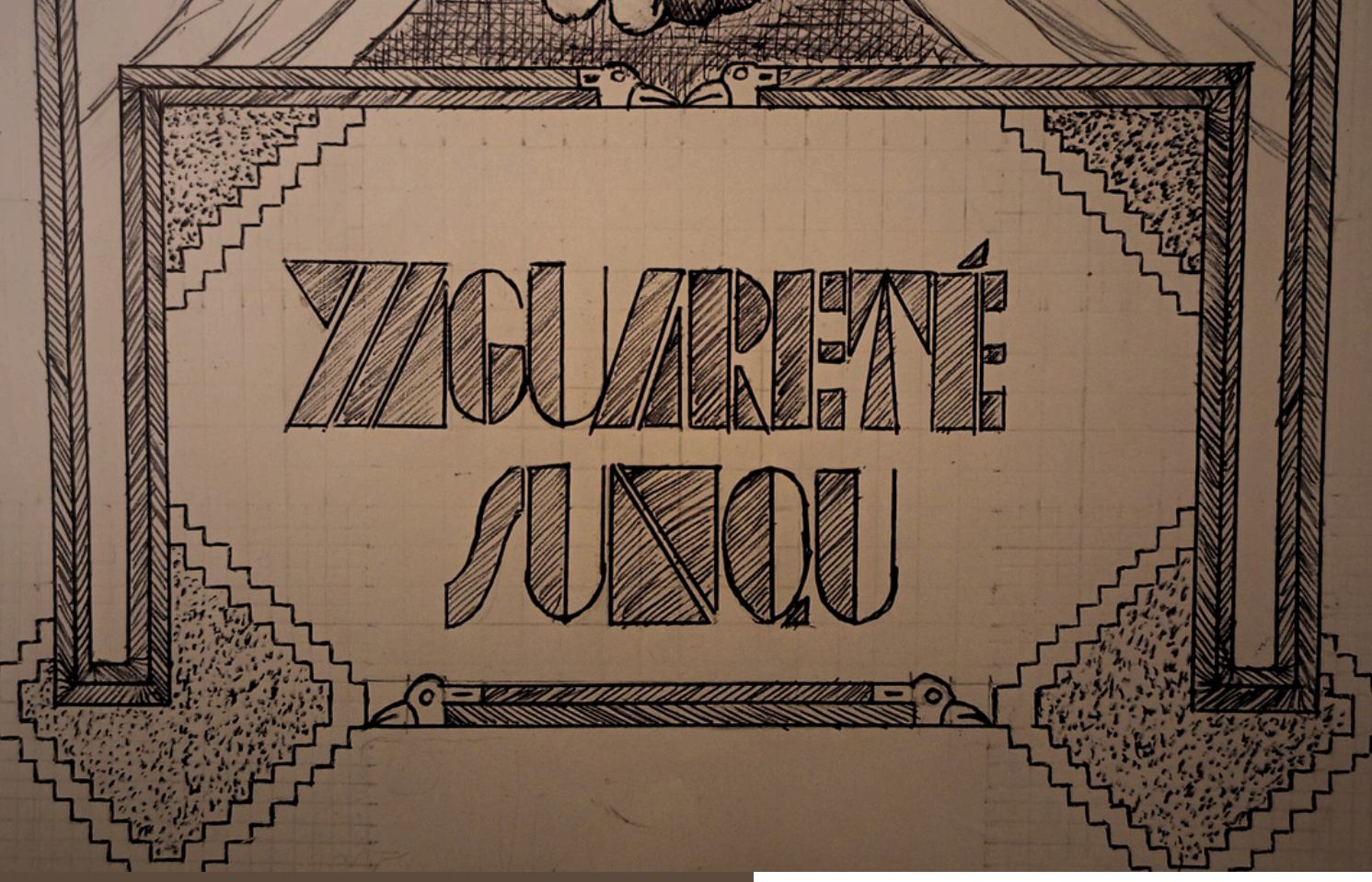
Entre todas las experiencias de esos días, la feria de Alasitas fue de las más singulares. Una fiesta en miniatura que rebosa de vida: calles abarrotadas, risas de niños, comerciantes voceando con fervor, sueños comprados en miniaturas de yeso y plata. Yo me escurría entre la multitud buscando algo indefinido, algo que nunca encontré, pero que igual disfruté buscar. ¿Pensaba encontrar algo o a alguien?,

la respuesta me la guardo para mí, al final las alasitas es la fiesta de la ilusión y los sueños. Probé de todo en el sector de comidas: anticuchos, api, buñuelos, brochetas... pero fue un sencillo sándwich de chancho cocido el que se quedó grabado en mi memoria. Ese sabor, crujiente y jugoso, era el sello de Sucre en mis sentidos y otra promesa cumplida.

La semana del congreso pasó con la velocidad de un suspiro, aunque cada día estuvo lleno de debates, ideas y encuentros que fortalecían el espíritu. Cuando llegó el final, nos despedimos con abrazos largos y promesas de reencuentro. La cuenta regresiva ya había empezado.

Dicen que un viaje se vive tres veces: cuando lo sueñas, cuando lo recorres y cuando lo recuerdas. Yo, en esa última caminata, lo estaba viviendo por tercera vez. El orgullo de ser parte de esa ciudad y la sensación de libertad me envolvían. Sucre no era solo un destino en mi mapa: era un pedazo de mí.

El altavoz del aeropuerto rompió la ensoñación: “vuelo en embarque”. El viaje había llegado a su fin. Pero mientras veía flamear la tricolor, entendí que no era una despedida, sino una promesa. Prometo volver a Sucre, la ciudad que me cambió la vida. Y cuando lo haga, será para quedarme para siempre...



YAGUARETÉ SUNQU

Corazón de Jaguar

POR TEODORICO

Cinco años habían pasado desde aquel fatídico 2025 en el que la crisis económica se llevó los laureles en el año del bicentenario de la república boliviana, siendo uno de los peores desde el gobierno de la UDP. Los festejos fueron opacados por el hambre, y las elecciones generales fueron el preámbulo del derramamiento de sangre más brutal que había visto el país en muchos años. Mas, no todo había sido dolor y oscuridad, al cabo del primer año del nuevo gobierno a crisis económica había sido superada y los que habían arruinado el país estaban siendo cazados uno a uno, no sin dificultades y con mucho esfuerzo ya que estos se escondían como ratas en el trópico de Cochabamba, en los pueblos fronterizos entre Bolivia y Chile o Perú, o incluso en el extranjero. Sin embargo, poco se imaginaban los bolivianos que una nueva tormenta, aún mayor, se avecinaba: Paraguay, con quién habíamos tenido una guerra por el Chaco hacía noventa años, volvía a prepararse para atacar a Bolivia.

El país salía adelante, pero en medio de su recuperación tuvo que verse obligado a iniciar una carrera armamentística dada la amenaza paraguaya (de la cual el gobierno fue advertido gracias a informes de la agente de inteligencia boliviana Claudia Terán). Los años pasaron y la división que siempre había caracterizado a los bolivianos volvía a hacerse presente. Unos exigían mayor dureza por parte del gobierno ante el incremento de la criminalidad, otros veían con malos ojos la devaluación de la moneda, y así sucesivamente;

todo esto ante la expectativa de que en los nuevos comicios electorales surja un presidente que satisfaga sus peticiones. No obstante, el destino tenía otros caminos reservados para la nación.

Llegó el 16 de julio de 2030, mientras en la sede de gobierno recibía con mucho júbilo el CCXXI aniversario del levantamiento de Pedro Domingo Murillo, la frontera SE ardía. El ejército paraguayo avanzó violentamente sobre el Chaco boliviano, arrasando con la guarnición que no pudo defender nada, hasta alcanzar la orilla SO del río Parapetí. Al amanecer del 17 de julio la población boliviana, escandalizada, se movilizó hasta el centro de la ciudad de La Paz, exigiendo que se expulse a los paraguayos de Bolivia y que se redima el orgullo nacional de este atentado contra la nación. Ante esta situación, y antes de que todo se salga de control, el gobierno del presidente Román Rojas se encerró con los generales del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Bolivia para decidir qué hacer ante esta escalada en el conflicto que, si bien no parecía tener una motivación clara sí se veía venir desde hace varios años atrás.

Tres días de intensos debates se dieron en aquella reunión, si bien todos estaban de acuerdo en que se tenía que movilizar al ejército hasta la frontera, la discordia llegaba en cuanto se tocaba el tema de su preparación. Los generales sostuvieron hasta el último instante en que, aunque se logre expulsar de nuevo al Paraguay hasta la frontera, el ejército boliviano no estaba en condiciones de repeler una segunda ofensiva , esta vez a gran escala. El presidente Rojas, sin embargo, exigía un ataque total al Paraguay, asegurando que las armas de que se disponían eran suficientes, y que en uno o dos meses llegará el resto de ellas para nutrir a Bolivia y así salvaguardar la heredad nacional de las ambiciones extrajeras.

Llegada la tarde del tarde del sábado 30 de julio, tras haberse llegado a un acuerdo, el presidente salió al balcón del Palacio Quemado con el siguiente discurso: «Ciudadanos bolivianos, camaradas míos: En este día, nuestro corazón late con el peso de una afrenta que hiere nuestra alma nacional. El pasado lunes 16 de julio, mientras festejamos un aniversario más de la revolución de La Paz, nuestro suelo chaqueño fue víctima de un atentado en contra de su integridad: tropas del ejército de la república de Paraguay ingresaron de manera inicua y violenta mancillando la heredad que nos legaron nuestros beneméritos del Chaco. Al menos veinte hombres pertenecientes al regimiento «Bilbao Rioja» fueron brutalmente asesinados por los invasores del sudeste. Las arenas del Chaco, ese suelo sagrado que nuestros abuelos defendieron con sangre, han sido profanadas una vez más.

Las tropas paraguayas han avanzado hasta el río Parapetí, desafiando nuestra soberanía, burlándose de nuestro orgullo, creyendo que Bolivia doblará la rodilla.

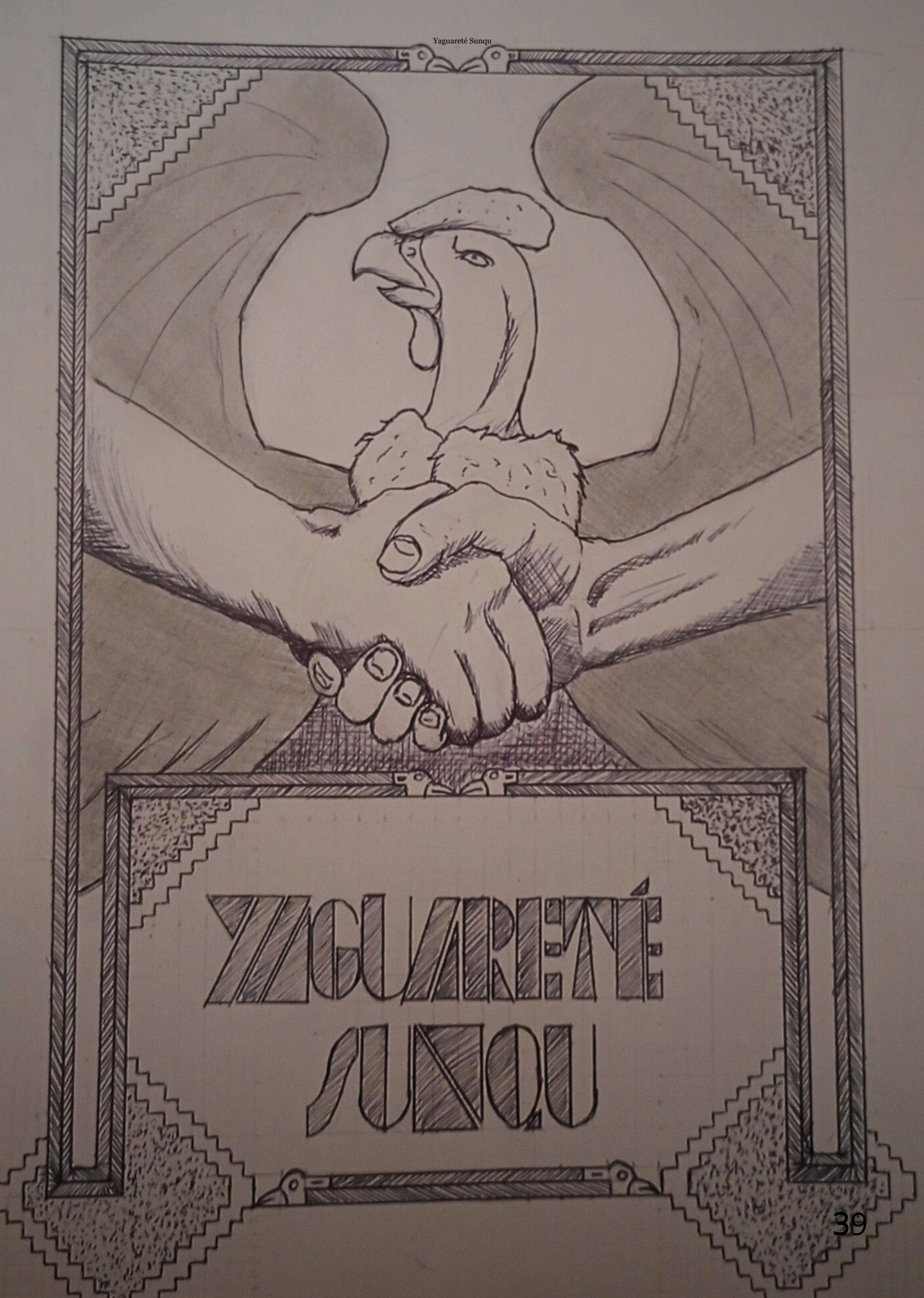
¡No se equivoquen! Un pueblo que no responde al ultraje no merece llamarse pueblo. Un gobierno que no alza la voz ante la indignación de su gente no merece liderarla. Hoy les juro que no habremos de temblar ante esta vil afrenta. Con la fuerza de nuestra historia, con el patriotismo que arde en cada boliviano y con el sacrificio que las circunstancias nos exigen daremos un paso firme para defender lo que es nuestro.

Sin embargo, hermanos, en esta hora de crisis, les pido también templanza. La verdad de esta agresión aún guarda sombras que debemos esclarecer. No actuaremos con la ceguera de la furia, sino con la claridad del deber. Durante tres días el comando general y yo hemos deliberado, y hoy anunciamos nuestra decisión: Bolivia no retrocederá ni un solo centímetro. Pero para conducir a nuestra nación por el camino recto necesitamos su serenidad, su confianza, su unidad. Solo así podremos desentrañar las oscuras motivaciones de nuestro enemigo, y así marcar el rumbo que nos llevará a la justicia.

Hoy os insto, camaradas míos, a solemne juramento de que defenderemos cada palmo de esta tierra hasta el último aliento, y quien traicionara este voto deshonrado sea, y no halle paz sobre la tierra, ni una lápida que recuerde su nombre. Que nuestra fe en Bolivia sea un faro inquebrantable, que nuestra unión sea un muro que ningún enemigo pueda derribar. Si cumplimos este voto, si nos mantenemos firmes, el futuro cantará el triunfo de una Bolivia libre, soberana y eterna.»

Al oír esto, el pueblo, que se había congregado desde la noche anterior en la plaza Murillo, gritó de emoción, con la alegría del niño que escucha de su padre un «todo estará bien». Así pues, entre aplausos y vítores, salió la Guardia Presidencial con su banda de guerra, de la misma forma que los distintos regimientos que se encontraban en el Estado Mayor y el cuartel de la fuerza aérea en El Alto, y tras dar el grito de «¡Viva Bolivia¡», empezaron a interpretar la marca de los «Colorados de Bolivia». Así pues, las trompetas sonaron en el campo de Marte de manera literal y simbólica a la vez. La guerra había comenzado.

¿Qué futuro le deparará a Bolivia ahora que se encontraba a las puertas de una nueva guerra? ¿Acaso será solo una pantalla para ocultar algo más siniestro? Eso lo veremos en el siguiente capítulo.


YAGUARETÉ
SUNQU

ÚLTIMO PULSO

Curar en medio de la guerra

POR CHASKA WAYNA

Me llamo Tomás Céspedes, y a veces me pregunto si mi historia comenzó el día que entré a la universidad o el día que vi a mi madre llorar en silencio, con mi ficha de reclutamiento temblando entre los dedos. Tenía dieciocho años y las manos aún suaves de estudiante, no de soldado. En La Paz, la vida era otra cosa: libros, frío, el sonido lejano de las campanas de la catedral, la biblioteca, los paseos por Sopocachi y la Alameda. Pero el país ardía en sus raíces, y uno no puede quedarse quieto cuando todo a su alrededor grita. Así fue como cambié la rudeza de los pupitres, por la incomodidad de la arena y las piedras, la teoría por la práctica, y el silencio de la sala de estudio por el estruendo de los cañones. No sabía lo que me esperaba allá en ese lejano lugar llamado Chaco, en ese infierno verde... solo sabía que tenía que ir.

La Paz tenía su propio ritmo, uno que no entendía de balas ni trincheras. Yo estudiaba medicina con la ilusión de ser útil a la gente, abrir un consultorio y vivir de ello. Las mañanas en la ciudad eran heladas y claras. Me levantaba a las 06:00, con el eco de los carruajes y los coches bajando por las calles. Vivía junto a un horno de pan, del cual descargaban el alimento todos los días, un montón de aparapitas campesinos que cargaban sobre sus lomos canastas. El pan siempre salía caliente, con el olor característico.

Bajaba la pendiente de la calle donde vivía, chasqueando los dedos y entonando una canción. Vivía

Vivía en Sopocachi, en una casita angosta de adobe y madera, con mi madre — la más terca de las paceñas— y mi hermana menor, Lucía, que me robaba los lápices del estuche para dibujar en los bordes de mis libros de anatomía. Papá había muerto de tuberculosis cuando yo tenía 10. Desde entonces, me juré entender el cuerpo humano como si así pudiera ganarle a la muerte.

En la «U», no éramos más de una docena en primer año. Hernán era mi mejor amigo: hijo de un boticario, tenía manos temblorosas pero una mente brillante. Carlos, en cambio, era todas carcajadas, más interesado en el fútbol que en los libros. Nos sentábamos siempre juntos, en la tercera fila del aula de anfiteatro, cerca de la estufa a carbón.

Las clases eran pesadas, pero el aire estaba lleno de futuro. Entre disecciones de ranas, exámenes orales y peleas con los bedeles por llegar tarde, creíamos que la vida era nuestra. A veces, después de clases, nos íbamos a Miraflores, donde con una pelota de cuero jugábamos un match con otros colegas. En el fondo, nos creíamos héroes sin guerra. Éramos jóvenes. Inocentes. Éramos… tontos.

Por las noches, me quedaba estudiando con la lámpara de querosén encendida hasta que las letras se mezclaban. En esas horas, a veces, escribía cartas que nunca mandaba. A Rosa, a papá, a mí mismo. Palabras sueltas, como suturas tratando de cerrar alguna herida invisible. En aquellos días todo era tranquilidad, dormía con la única preocupación de levantarme temprano para ir a clases, con la idea en mi mente de que haré mañana o si el domingo saldré por un helado con Rosa, nada más para ese momento. Rosa era mi enamorada desde hacía dos años, la conocí un día casual y nunca más salió ni de mi mente ni de mi corazón.

La primera vez que escuché hablar del Chaco fue en el mercado. Una mujer gritaba que los paraguayos estaban matando a nuestros soldados en laguna Chuquisaca. Yo solo compraba alimentos para el almuerzo. No le creí. Esa tarde llegaron los rumores a la universidad. Un grupo de estudiantes de Derecho se plantó en la plaza principal y comenzó a arengar a la multitud, invitándolos a unirse a la causa patriótica y defender ese territorio de la amenaza guaraní. El tiempo iba pasando, nuestro profesor de anatomía dejó de asistir por “asuntos patrióticos”. Las noticias empezaron a ocupar más espacio en los periódicos. Se hablaba de trincheras, de muertos sin nombre, de combates por un charco sin agua. Pero a nosotros, desde estas montañas, todo nos parecía tan lejano.

Una tarde, Hernán me dijo:

—Dicen que va a haber un reclutamiento forzoso…
— ¿A quién van a llevar? Nosotros somos estudiantes.
—Todavía no, Tomás. Por el momento solo los profesionales, pero ya nos tocará.

Esa noche dormí intranquilo. Algo se movía dentro de mí, como un hueso que no encaja. ¿Cómo podía seguir diseccionando cadáveres mientras otros caían vivos en el monte? Se escuchaba que en las distintas ciudades, señoritas se enrolaban en la Cruz Roja para partir al frente, ¿y nosotros?, ¿será que era nuestro momento de actuar?

Pasaron semanas. La tensión subía. La plaza Murillo se llenó de discursos, la gente agitaba banderas, los jóvenes se enlistaban por “la patria”. Pero yo seguía yendo a clases. Hasta que llegó el momento: el rectorado publicó una convocatoria urgente. Se necesitaban voluntarios sanitarios para reforzar la línea del frente. Médicos, practicantes, estudiantes…

No dormí esa noche. Me quedé mirando el techo, escuchando la respiración de Lucía desde la pieza contigua. Pensé en mamá, en Rosa, en mí mismo. No era un soldado, pero ¿no curábamos nosotros a los que ellos dejaban heridos?

Al día siguiente, me presenté en el rectorado. Firmé con mano firme, aunque me temblaba por dentro.

— ¿Estás seguro, Céspedes? —me preguntó el encargado.
—Más que nunca.

Volví a casa con el corazón en las manos. Mamá me esperaba sentada, como si lo hubiera presentido. No dijo nada cuando le conté. Solo bajó la cabeza y empezó a llorar.

—Prométeme que volverás, Tomás.
—Lo haré.
Mentí.

Lucía me abrazó en silencio. Nunca la había visto tan pequeña, tan frágil.

Rosa vino a despedirse. Trajo una carta que me prohibió abrir hasta estar en el tren. Nos miramos por última vez en la esquina de San Pedro. Me besó la mejilla.

—Te estaré esperando —dijo.

Y me fui.

Eran las diez de la mañana y la estación de trenes de La Paz parecía un corazón latiendo con demasiada fuerza. El humo del carbón se elevaba en columnas grises que se mezclaban con el aliento helado del altiplano, formando una niebla espesa que lo envolvía todo. Entre silbidos de locomotora y campanas metálicas, los jóvenes soldados, con uniformes nuevos que todavía olían a tela recién planchada, aguardaban ansiosos la partida. Desde las ventanillas se veía un mar de pañuelos agitados, brazos extendidos y lágrimas que caían sin consuelo. Madres, esposas, hermanas, novias… todas tratando de atrapar por última vez la mirada de aquellos que se iban al Chaco.

La banda militar tocaba boleros de despedida, y cada nota parecía un cuchillo que abría más hondo el pecho. En medio de esa multitud reconocí a mi madre y a mi hermana. Mamá, con el rostro curtido por los años y los ojos enrojecidos, me dio la bendición y apretó en mis manos una medalla de la Virgen de Copacabana, la misma que había cuidado de ella desde que era niña. “Que la Virgencita te proteja”, me dijo, y esa frase me quedó grabada como un eco eterno. Mi hermana Lucía, temblando de emoción y tristeza, me alcanzó un paquete con buñuelos que había preparado la noche anterior, junto con una botella de agua soda, de esas que tanto me gustaban. El gesto me arrancó una sonrisa amarga; era como si me entregara un pedacito de hogar para el camino.

Las campanas repicaron una vez más. El tren se estremeció, chirriaron los rieles, y los vagones comenzaron a avanzar lentamente. En ese instante sentí que algo en mí se rompía. Asomado por la ventanilla, grité con todas mis fuerzas, ahogando el nudo en mi garganta:

— ¡Volveré, mamá, lo prometo!

Me aferraba a esas palabras como si fueran un juramento sagrado, aunque en el fondo sabía que no podía garantizar nada. En el brazo derecho llevaba colgado el cinturón desanidad, marcado con la cruz roja, símbolo de mi deber y también de mi orgullo: yo no portaba fusil, pero tenía la misión de salvar vidas en medio de la guerra.

A mi lado estaban Hernán y Juancho, un muchacho que se nos unió casi al último momento, con el rostro pálido pero con una sonrisa nerviosa. Los tres emprendimos ese viaje sin saber que, más allá de la euforia del vagón, nos esperaba un mundo de polvo, fuego y silencio mortal.

Dentro del tren, la atmósfera era otra. La juventud bullía como un río desbordado. Se oían carcajadas, silbidos, bromas subidas de tono, juegos de cartas y apuestas de cacho.

Algunos sacaban botellas escondidas y el licor circulaba de mano en mano. El vagón vibraba con la euforia de muchachos que se sentían invencibles, como si la guerra fuera una aventura más.

En medio de la algarabía, Hernán, siempre el más encendido, se levantó tambaleando un poco por los tragos metidos de contrabando al vagón y gritó:

— ¡Vamos a corretear a los pilas como si fueran gallinas! ¡Esos cobardes van a rogar nunca haberse metido con nosotros! ¡A la mierda los pilas, carajo!

El vagón entero estalló en vítores y aplausos, como si estuvieran en una fiesta más que en camino a una guerra. Algunos golpeaban las mesas con los puños, otros silbaban, otros se levantaban para abrazar a Hernán. La adrenalina corría como pólvora.

Yo también sonreí, pero por dentro algo me inquietaba. ¿Quiénes eran en realidad esos «pilas» a los que despreciábamos? ¿Quiénes eran los paraguayos, esos hombres con losque íbamos a medir nuestras vidas? Nos burlábamos de ellos diciendo que solo comían mate y galletas, pero una voz dentro de mí me decía que no podían ser tan simples caricaturas. Tarde o temprano descubriríamos la verdad.

Las horas pasaron, y con la noche también se fue apagando la algarabía. El vagón quedó en penumbras, con apenas alguna lámpara titilando. Uno a uno, los soldados se acomodaron en los asientos, buscando un poco de descanso. Se escuchaba el crujir del tren avanzando en la oscuridad, mientras afuera el cielo altiplánico se mostraba despejado, un tapiz inmenso de estrellas. Me quedé observándolas largo rato, con la certeza de que esa sería la última vez que dormiríamos cómodos y bajo un cielo tan limpio.

El sueño me vencía, pero mi mente viajaba más lejos que el tren. Pensé en mi madre, en mi hermana, en el peso de sus miradas despidiéndose. Y pensé en Rosa. Recordé el calor de su cuerpo junto al mío, el perfume francés que usaba y que me embriagaba, y las caminatas por Miraflores en aquellas tardes de domingo donde todo parecía tan eterno y tan sencillo. La idea de no volver a verla me atravesó como un puñal.

Sentí miedo, sí, un miedo que no se confiesa en voz alta, porque un soldado debe aparentar firmeza. Pero ese miedo estaba ahí, denso, respirando en mi pecho. Solo me quedaba un deseo profundo, casi una plegaria: volver. Volver para abrazar a los míos, para caminar otra vez por las calles de mi ciudad, para demostrarme que todo esto no era en vano.

Aquella noche, sin saberlo, estaba dejando atrás algo más que mi hogar. Estaba despidiéndome de la paz, de la inocencia y, quizá, de la vida que había conocido hasta entonces. El tren avanzaba firme hacia el sur, y yo, con la medalla de mi madre entre losdedos, no podía imaginar que ese viaje sería el principio de un destino que ya no me pertenecía.

Continuará...

EL SONIDO DEL SILENCIO

(Poema)

POR NUBELINDA

Ya no estás
y mi playlist suena a tu risa que se fue
los mensajes quedan sin respuesta
y yo solo me pierdo entre fotos viejas.

Camino por la ciudad
y todo me recuerda a tí
el café que tomábamos,
la esquina de nuestras risas,
el banco del parque donde soñábamos.

Me duele tu ausencia
como late un beat que perdió el ritmo
y aunque intento distraerme
tus recuerdos me persiguen.

Ya no estás
y aun así escribo tu nombre
en cada nota de mi diario
como si eso pudiera traer
tu sombra de vuelta.

Me quedo con lo que fuimos
y con la nostalgia que me abraza
porque tú fuiste mi canción favorita
la que ahora suena en silencio...

Catedral de Santa Cruz, https://www.boliviaentusmanos.com/turismo/lugares-turisticos/santa-cruz-de-la-sierra.html

SANTA CRUZ

Tierra de sol, tierra de amor

POR GUAJOJÓ

Santa Cruz se despierta
con el canto del gallo y el humo de la leña,
el sol pega fuerte entre palmeras y palos de tajibo,
y los techos rojos de la ciudad
ardiendo como brasas del oriente.

Río Piraí serpentea lento,
guardando historias de cambas y guaraníes,
de mercados con naranjas y achachairu,
donde la chicha y el masaco
son risas que se mezclan con el viento.

Calles que huelen a café,
a chancho al horno,
a yuca y a maíz recién molido,
los cambas saludan con un "!elay!",
y la ciudad responde con un murmullo de hojas.

Santa Cruz, tierra calurosa y alegre,
donde el viento de la llanura trae recuerdos del pantanal,
donde la plaza, el arenal y las cabañas
guardan secretos que solo los ojos del que ama pueden ver.

Aquí me quedo,
con los pies en mi tierra
el corazón latiendo al ritmo de un taquirari,
y pienso:
no hay ciudad que abrace como vos, ni
horizonte que invite tanto a soñar.

JAGUAR AZUL

Una nueva senda por nuestra historia

POR LA SUBDIRECCIÓN DE «JAGUAR AZUL»

El 17 de mayo de 2025, en las grandiosas salas del museo de la Academia Boliviana de Historia Militar, un grupo de estudiantes de Historia de la UMSA se reunió para ser partícipes de la Larga Noche de Museos, sin sospechar que aquella velada encendería una llama imposible de apagar. Entre antiguos fusiles, viejas medallas, cartuchos oxidados y relatos de nuestros héroes nació la idea de Jaguar Azul: un colectivo decidido a arrancar la historia de textos trucados y devolverla al ciudadano de a pie, con su gloria, su tristeza y su verdad.

Durante las últimas décadas, la historia y la cultura se han convertido en un lujo reservado para unos pocos, un tesoro que las crisis políticas, la economía tambaleante y el bombardeo de televisiones y redes sociales han enterrado bajo el peso del desinterés. ¿De qué sirve memorizar fechas célebres, presidentes caídos o militares heridos, cuando la enseñanza nos ha condenado a tragar derrotas y sinsabores como si fueran lo que define nuestra identidad? Dicho de otra forma, ¿para qué aprender un pasado que parece un lamento interminable?

Es por eso que nació un nuevo colectivo, uno que, cual vigoroso jaguar de la selva amazónica, ronda sin miedo en la oscuridad del pasado y, con valor, ataca la falsedad de quienes buscan perpetuar los viejos mitos que tanto daño nos han hecho. Somos cazadores de verdades dolenciadas, somos la antorcha que nos guía

en la oscuridad. Nuestra visión es clara: transformar la historia en un relato vivo, uno en el que cada uno de nosotros forma parte y tiene algo nuevo que contar. Porque la historia es mucho más que batallas y tratados, es el conjunto de memorias que construyen nuestra identidad.

Nuestros objetivos son claros:

- Despertar la memoria con creatividad: Difundir nuestra historia y cultura a través del arte, las charlas y los talleres, para que las nuevas generaciones vean en el pasado un reflejo de su fuerza, no solo de sus heridas.
- Reconectar lo ancestral con lo contemporáneo: Fomentar el diálogo entre la tradición y la modernidad, creando puentes que enriquezcan nuestra identidad sin caer en nostalgias vacías o el chauvinismo absurdo.
- Forjar una ciudadanía histórica: Educar y motivar a cada boliviano a reclamar su narrativa, cuestionando mitos y construyendo una memoria colectiva que inspire acción, no solo conmemoración.

Bolivia es más que solo fiestas y derrotas, es un país lleno de diversidad, de pueblos, de lenguas, de historias. Así como también de glorias, y qué mayor gloria que la de compartir un mismo pasado y quizá una misma visión hacia el futuro.

La historia, las artes, la filosofía y el conocimiento no son solo un privilegio para quienes puedan costearselos, sino que son un derecho del que todos somos acreedores.

COLECTIVO CULTURAL

JAGUAR AZUL

PRESENTE.BO

COLECTIVO CULTURAL

JAGUAR AZUL